


# RALPH BARBY

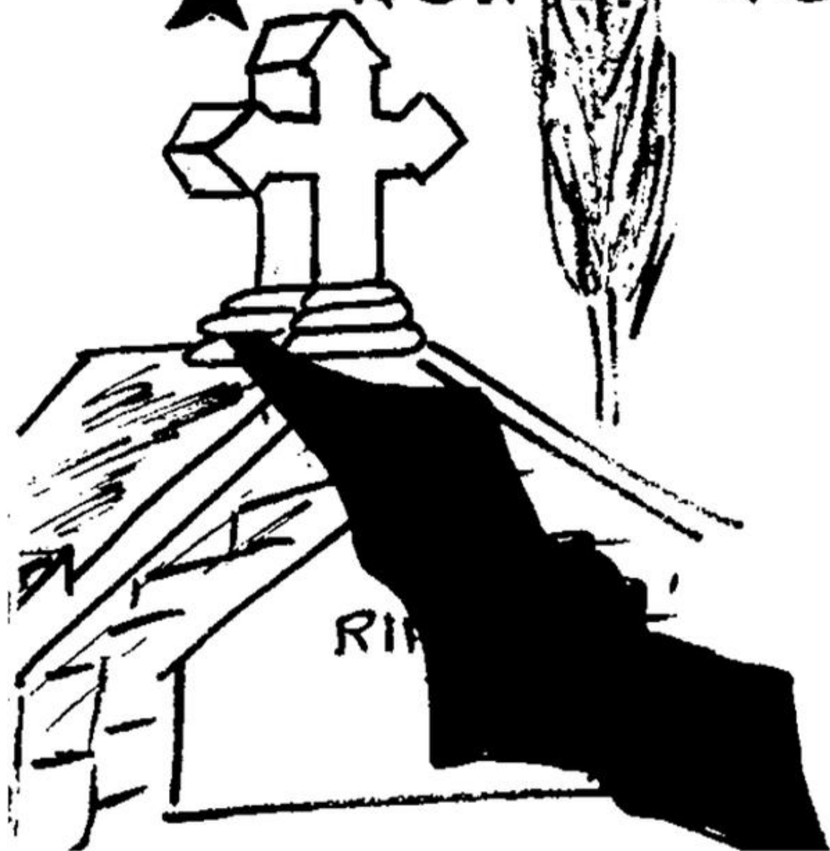
4

# EL DIABLO DE NOTRE DAME

TERROR

escalofríos de

# TERROR



**RALPH BARBY**

# EL DIABLO DE NOTRE DAME

Colección
ESCALOFRÍOS TERROR Nº 4

Ediciones Olimpic S.L.
Apdo. Correos, 9428
08080 — Barcelona

ISBN 84-7750-012-6
Depósito Legal M-23669-1987
1.a edición Agosto 87

Fotomecánica LOSER S.A.
Puerto Príncipe, 24 08027 - Barcelona
Inprise FUTURA - GIESA
Distribuye: R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca Sector 8, Calle 8, nº 11 08004 – Barcelona.

# CAPITULO PRIMERO

La directora del centro miró con frialdad a las tres jóvenes; no parecía dispuesta a ceder.

—Es demasiado tarde, tendréis que volver mañana.

—Por favor —pidió Valeria, adelantándose un poco, casi apoyándose sobre la mesa escritorio tras la que estaba sentada la directora del centro psiquiátrico.

Dunia sacudió su melena pelirroja que, según como le diera la luz, semejaba una llama. Después dijo:

—Venimos de lejos y tenemos que continuar viaje.

Gemme, la morena de las tres muchachas, miró de reojo a Valeria, rubia como el oro blanco, y explicó:

—Mary era nuestra mejor amiga y no queremos irnos sin verla. Sentimos haber llegado tarde, pero es que venimos de muy lejos.

—Haga una excepción, no molestaremos mucho —insistió Valeria.

—Mary está muy grave y no es la hora de visitas. Sin embargo, teniendo en cuenta que sois sus mejores amigas, haré una excepción, pero que no vuelva a ocurrir.

—¡Gracias, doctora! —exclamaron casi a un tiempo, contentas de poder ver a la amiga allí recluida.

La propia doctora, a través de unos corredores, las condujo hasta un ancho ascensor.

Anochecía. La clínica parecía vacía, no se veía a nadie por los corredores, pero un agudo chillido las sobresaltó. Era un chillido que se clavaba en los oídos como si se tratara de un afilado estilete.

—Desde que está recluida aquí, todavía no la habéis visto, ¿verdad?

—No, no la hemos visitado —respondió Valeria.

El ascensor, en vez de subirlas, las hundió dos plantas más abajo, como si fueran en busca de los cimientos del edificio.

En la segunda planta sótano, todo era luz eléctrica. Se abrían puertas a derecha e izquierda y allí sí podían oírse voces, gritos, gemidos.

Las tres jóvenes, instintivamente, se acercaron más unas a otras.

La doctora, una mujer fuerte y alta, doblándoles la edad pero conservando buena parte de su belleza, pisaba firme, marcando el camino. A ella no parecían inmutarle los gritos o gemidos.

Se detuvo frente a la puerta "siete", descorrió el cerrojo y la abrió.

No hacía falta encender ninguna luz, había una en el techo, iluminando la celda de paredes acolchadas y sin ventana alguna.

En el centro de la estancia había una cama con ruedas que ahora tenían el freno puesto para que no pudieran moverse. La cama era estrecha y tenía unos bordes laterales metálicos como si fuera una cuna, pero menos altos en proporción.

Mary yacía dentro de aquella especie de cuna camilla. Tenía los tobillos sujetos con vendas a los laterales de hierro, también manos y brazos para que no pudiera moverlos y una correa sujetaba su cintura a la cama.

Las tres amigas se sobrecogieron al verla en aquella situación. Su rostro no pareció prestarles atención, no las reconocía, pero las pupilas de la enferma miraron obsesivamente a la doctora y a ella se dirigió:

—¡Sáqueme de aquí, déjeme ir, déjeme ir, que viene el tren, que viene el tren!

—Sí, viene el tren, pero no tengas miedo, nada te va a ocurrir.

—¡Que viene el tren, que viene el tren! —repetía Mary obsesivamente.

Comenzó a chillar fuera de sí y a sacudir su cuerpo que no podía escapar de la correa ni de las vendas que la sujetaban a los barrotes mientras su cabeza iba de un lado a otro.

Gemme y Dunia dieron un paso atrás. Por contra, Valeria avanzó junto a la cama y pasó sus brazos por encima de los barrotes para coger el rostro de su amiga.

—Déjala, no la toques, puede morderte —advirtió la doctora.

Valeria no le hizo caso y acarició su rostro con mucha dulzura mientras le hablaba despacio.

—Mary, no viene el tren, tranquilízate, no viene el tren. Soy Valeria, he venido a verte.

Ante la sorpresa de Gemme, Dunia y la propia doctora, Mary se fue calmando. Miró a Valeria para preguntarle después:

—¿De verdad no viene el tren?

—No, no viene el tren, te lo aseguro. Ahora descansa.

Mary cerró los ojos y comenzó a respirar hondo hasta quedarse dormida.

—La has apaciguado —dijo Gemme.

—Muchacha —opinó la doctora—, tienes manos de ángel.

—No tiene importancia —casi se disculpó Valeria con cierto pudor.

—Hemos utilizado sedantes con ella y los tolera mal, por eso se le aplican lo menos posible, y no hay nadie que consiga tranquilizarla como tú lo has hecho. Tienes un toque y una voz especial. Si buscas empleo, aquí lo encontrarás, necesitamos personas como tú.

—Pienso ser socióloga —puntualizó Valeria.

—De todos modos, si te pasas a la rama de psicología clínica, yo te daría un puesto aquí —insistió la doctora—. El oficio se aprende, pero como en cualquier rama del arte, en la psiquiatría y la psicología hay que tener cualidades innatas y tú las tienes.

Valeria sonrió forzadamente.

—Gracias, pero creo que no valgo tanto. Si he podido tranquilizar a Mary, ya está bien.

Dunia preguntó:

—¿Cuándo se recuperará?

—Es un caso muy difícil —dijo la doctora.

La situación de Mary impresionaba profundamente a sus tres amigas. Les costaba mucho reconocerla en aquel rostro demacrado, torturado por una mente preñada de locura, una locura que rebosaba por los ojos, por la boca que articulaba incoherencias.

—Pero, hay tratamientos que... —trató de decir Valeria.

—Le hemos aplicado electro-shocks, pero no hay que pasarse. Me temo que es un caso esquizoparanoico muy grave y tememos lo peor.

—¿Que muera? —preguntó Gemme.

—No. Para mí lo peor es que se convierta en un vegetal, que entre en una fase catatónica irreversible, un vegetal hasta la muerte, aunque tampoco sabemos bien qué es lo que pasa por la mente de un catatónico. Su rostro, sus ojos, sus manos, todo su cuerpo no refleja nada, pero ¿y su mente? ¿Sufre, acaso vive pesadillas

insoportables en las que nadie puede socorrerles porque no las exteriorizan?

—Me siento mal —confesó Dunia.

Abandonaron la celda. La doctora cerró la puerta colocando el cerrojo. Valeria inquirió:

—¿Es necesario? Si está amarrada a esa cama que parece de tortura.

—Nunca se sabe. Con los enfermos hemos tenido muchas sorpresas y algunas de ellas, muy desagradables. —Alzó su mano para acariciar suave y delicadamente la cara de Valeria, ante la sorpresa de ésta—. Eres magnífica. Si lo deseas, te buscaré un trabajo aquí, psicología clínica, ya te lo he dicho, y tendrías un buen cargo. Cuando se tiene tu carácter, tus delicadas manos, tu rostro tan hermoso y tu voz tranquilizadora, hay que entregarse.

—Lo pensaré —dijo Valeria, apartándose ligeramente para que la doctora dejara de acariciarla.

Abandonaron la clínica y subieron al "Volkswagen" modelo "Escarabajo" de color negro. Valeria se puso al volante y Gemme se sentó a su lado. Dunia, visiblemente afectada, se acomodó detrás.

—Esa doctora se ha sentido muy impresionada por ti, Valeria.

—No digas tonterías —replicó.

Arrancó y se alejaron en la noche por una carretera totalmente oscura. No había luna y veían gracias a los faros del pequeño automóvil.

—Hubiera preferido no ver a Mary —confesó Dunia—. Ha sido horrible. No me figuraba que estuviera de esa forma. En su lugar, yo preferiría estar muerta.

—Ella no debe darse cuenta de su estado —opinó Valeria mientras giraba el volante con cuidado para tomar una curva.

—¿Qué le pasaría? —se preguntó Gemme en voz alta—. Dicen que la encontraron a la puerta de una iglesia, desvariando, pero no se sabe qué le sucedió.

—Parece que no tenía más golpes o contusiones que las que pudo darse ella misma en su caminar. No la atacaron, me refiero a que no fue violada, ni siquiera lo intentaron.

—¿Cómo puede ser que un día estés bien y luego te quedes así? —se preguntó Dunia que era la que más dificultades tenía en asumir lo ocurrido—. ¿Os imagináis que cualquiera de nosotras, dentro de

unos días, pueda estar como Mary, metida en un manicomio, amarrada a una cama con correas y dentro de una celda acolchada, donde ya puedes gritar lo que quieras, y si gritas demasiado, te llevan al electro-shock?
Debe ser alucinante, peor que una sobredosis de droga.

—Quizás Mary la tomó y no lo sepamos —dijo Valeria.

—Yo no tomaré nunca drogas —aseguró Dunia, tajante.

—Me contaron el caso de unas chicas a las que no ofrecieron droga, sino que las drogaron y durante varios días seguidos hasta que quedaron como muñecas sin voluntad.

—A los que son capaces de hacer algo tan criminal, tendrían que darles muy duro —dijo Dunia.

—Vaya, un desvío de carretera —exclamó Valeria al ver una señalización.

El pequeño "Volkswagen" avanzó por un pésimo camino lleno de baches y hierbajos.

—¿Estás segura de que es por aquí? —preguntó Dunia mirando los matojos y arbustos que los faros iban iluminando y que ocultaban cada vez más el camino que estaban siguiendo.

—No me pongas nerviosa —pidió Valeria—. Había una señal que me obligaba.

—¡Cuidado! —gritó Gemme.

Valeria pisó el freno pero ya era tarde. El pequeño coche golpeó contra un saliente rocoso que sobresalía entre los hierbajos y sufrieron una sacudida.

El coche quedó quieto mientras echaba humo. Valeria se apresuró a quitar la llave del contacto. La oscuridad las rodeó.

—Final de trayecto —suspiró Valeria.

Gemme, con los ojos muy abiertos, preguntó:

—¿Así de simple?

—Sí, así de simple. Se ha roto el coche.
No sé si ha sido el cárter, el radiador o qué puñetas, pero se ha roto. Tendré que llamar por teléfono para que una grúa venga a buscarlo y no sé si valdrá la pena. Le tengo cariño, pero si la reparación ha de salir muy cara será mejor comprar otro coche a plazos.

—Pero, pero ¿dónde estamos ahora? —inquirió Gemme muy nerviosa.

Valeria admitió:

—No lo sé.

Dunia miró hacia afuera y sólo vio estrellas en lo alto y oscuridad en derredor.

—Está peor que boca de lobo.

—Yo me quedo aquí dentro hasta que salga el sol —decidió Gemme.

—Pues yo voy a salir a ver qué se ve, quizás haya alguna casa cerca.

Gemme y Dunia observaron como Valeria se apeaba del coche. Era estúpido tratar de arreglarlo, ellas estaban muy lejos de ser mecánicos, ni siquiera aficionadas, y por falta de luz tampoco podían levantar la tapa del motor para mirarlo como hacían tantos y tantos conductores cuando el coche se les paraba en la carretera. Era como si trataran de embrujarlo, de obligarle a caminar con la mirada esperando un milagro que generalmente se traducía en la grúa de remolque.

La luna no se veía por parte alguna. El cielo estaba lleno de estrellas, pero donde las jóvenes se encontraban, la oscuridad era absoluta.

Valeria era una mujer fuerte de carácter pese a su dulzura. Sabía que si ella demostraba miedo, sería peor para sus amigas y más después de haber visto a Mary encerrada en la clínica psiquiátrica.

Las tres estaban muy impresionadas. La locura, vista de cerca en un ser querido, impresionaba, dolía e inquietaba, porque cualquier persona, hombre o mujer, podía hundirse en aquel pozo sin salida en el momento más inesperado. Los locos, los psicópatas, no son seres de otra dimensión; los locos podemos ser cualquiera de nosotros.

De pronto, hacia el sur y en dirección este, descubrieron unas luces que se movían, eran luces apenas perceptibles.

—¡Eh, chicas, aquello parece un tren! —Valeria lo señaló con la mano.

Tras las primeras dudas, Gemme y Dunia se apearon del coche y también miraron a lo lejos. Dunia comentó:

—Sí, es un tren, no sabía que por aquí pasara el tren.

—Yo tampoco. Será una línea nueva, pero eso es un tren.

El tren se hacía cada vez más visible. Sólo parecía llevar tres vagones y los tres, con las ventanillas iluminadas.

—Si hay un tren, habrá una estación —sentenció Valeria.

—Sí, pero ¿dónde? —preguntó Dunia.

—Podemos caminar hasta encontrar los railes, eso es fácil, el tren está ahí delante y no muy lejos, se puede hasta oír y va despacio. Caminando por las vías encontraremos la estación. Vamos, chicas, que cada cual coja lo suyo y andando.

Cargadas con lo que creían imprescindible, echaron a anclar en dirección al tren que frenaba su marcha como si estuviera llegando a una estación.

# CAPITULO II

—¡Ahí está, ahí está la estación! —casi gritó Valeria.

—El tren se acaba de parar —dijo Gemme jadeante.

La oscura locomotora resoplaba vapor por todos sus entresijos mientras la ancha chimenea dejaba escapar un grueso penacho de humo que ocultaba las estrellas.

Las ruedas chirriaban en la frenada, era como el gemir de un monstruo que se detuviera cansado de correr.

Subieron al andén de madera de la estación y fueron a la ventanilla de compra de billetes. Allí colgaba una lámpara de petróleo encendida, pero no había nadie.

Nerviosa, Valeria golpeó con los nudillos los sucios cristales tratando de llamar la atención de quien pudiera estar por allí.

El tren lanzó al aire un par de pitidos, como advirtiendo que iba a ponerse en marcha de nuevo, dando por terminada la breve parada.

—Esto debe ser un apeadero de mala muerte, no hay nadie.

Las tres jóvenes, con sus bolsas y maletines, estaban nerviosas y cansadas por el esfuerzo de la carrera para llegar a tiempo de tomar el tren.

—Será mejor que subamos —propuso Dunia.

—¿Y adónde nos llevará? —preguntó Gemme.

—Bajaremos en la primera población y allí ya veremos —dijo Valeria subiendo a la plataforma del segundo vagón, es decir, el que estaba en medio.

Gemme y Dunia miraron en derredor. Dándose cuenta de que si el tren partía ellas se quedarían allí solas en la oscuridad de la noche, siguieron a Valeria.

La locomotora avanzó lentamente cogiendo velocidad poco a poco mientras lanzaba más y más humo a la noche, iluminando débilmente el camino con sus luces de fuego.

El vagón al que subieron las jóvenes tenía un gran traqueteo, parecía desvencijado y muy sucio. Dos lámparas de aceite iluminaban su interior. Los bancos eran de lamas de madera, muy

incómodos y estrechos.

—¡Qué tren más horrible! —dijo Gemme sentándose.

—Parece demasiado viejo, ¿no? —observó Dunia.

—Sí. Yo creía que locomotoras de vapor como la de este tren sólo estaban ya en los museos y en las películas antiguas, pero veo que todavía queda alguna —comentó Valeria.

—Será uno de esos trenecitos comarcales que no vienen en las guías turísticas —aventuró Dunia. Miró a través de la ventanilla—. Qué noche más oscura, no se ve nada, sólo las estrellas.

—¿Os habéis fijado? El vagón está vacío, sólo viajamos nosotras —observó Valeria mirando en derredor.

—Pues, más anchas iremos, porque estos bancos son muy incómodos —dijo Gemme.

—Cuando aparezca el revisor ya le contaremos que no hemos podido comprar el billete y que nos apeamos en la próxima estación.

Dunia propuso:

—Cuando lleguemos al primer pueblo, bajaremos de este destartalado y viejísimo tren, buscaremos un sitio para dormir y mañana ya veremos.

—Yo estoy muy nerviosa —confesó Gemme.

El tren proseguía su marcha, más veloz de lo que cabía esperar por su aspecto y el feroz traqueteo.

—Qué raro, no viene el revisor —dijo Dunia mirando en derredor.

—Es extraño que no se vea ninguna luz —comentó Valeria, mirando a través de su ventanilla—. Ni luces de coches circulando ni de ninguna casa solitaria, nada.

—Quizás este tren tenga un trazado por el interior de las montañas —aventuró Gemme.

—Si pasamos al otro vagón, podemos preguntar a alguien cuál es la próxima estación y así nos orientaremos.

Valeria se puso en pie, decidida y se dirigió al vagón posterior que cerraba el tren.

—Pregunta también cuándo llegaremos —le pidió Gemme.

Dejó a sus compañeras con el equipaje y anduvo entre los bancos hasta llegar a la puerta que tenía un cristal tan sucio que nada se veía a través de él.

Salió a la plataforma y el traqueteo del tren le pareció infernal. Afuera, apenas se veía. Pasar de una plataforma a otra parecía cosa fácil, pero en aquellos momentos, la asustó. El viento era fuerte, helado. El tren se movía demasiado y los hierros entrechocaban o rozaban unos con otros.

Los eslabones de las gruesas cadenas generaban extraños y amenazadores ruidos. Aquel tren parecía tener más de un siglo, o quizás hacía un siglo que ya había dejado de utilizarse; sin embargo, rodaba rápido.

Suspiró al estar ya en la otra plataforma.

Abrió la puerta y entró en el siguiente vagón, iluminado tan pobremente como el otro por dos lámparas de aceite protegidas con una tulipa de cristal.

Allí sí había pasajeros en los asientos, pero no iban vestidos como Valeria esperaba.

Aquellas personas, hombres y mujeres, vestían ropas muy antiguas, como si fueran figurantes de alguna película.

Mas, al mirarles a los rostros, el espanto fue como una garra clavándose en su corazón.

Algunos tenían ojos, otros no, pero los que los tenían eran vidriosos. Las bocas estaban abiertas como descolgadas, descubriendo dentaduras estropeadas. Aquellos seres que se movían según el traqueteo del tren, eran cadáveres.

—¡Dios mío! —exclamó Valeria, echándose hacia atrás y pegando su espalda a la puerta.

Tragó saliva con dificultad. Quiso asegurarse de que no veía visiones, de que aquellos seres sentados en los bancos y con vestimentas de casi un siglo atrás, no estaban vivos, de que aquello no era una broma macabra.

Le pareció que todos aquellos horribles rostros cadavéricos la observaban con fijeza aún con sus cuencas vacías los que carecían de ojos. Era una situación terrorífica a la par que esperpéntica.

Salió del vagón, cerrando de un portazo, con el temor de que aquellos cadáveres se levantaran y salieran en su persecución.

Se encontró en la plataforma y pasó a la otra sin tomar las precauciones que antes sí había tomado, y estuvo a punto de caer entre los dos vagones.

Se agarró a una baranda móvil y sus pies quedaron en el aire

mientras los topes de los trenes entrechocaban como buscando triturarla.

Logró subir a la plataforma del vagón en el que viajaban sus amigas. Abrió la portezuela y penetró en él.

Corrió entre los bancos y llegó junto a sus amigas, sentándose en silencio.

—¿Qué te pasa, Valeria? Estás muy pálida —le dijo Dunia.

—¿Qué te han dicho?

Miró primero a Gemme, luego a Dunia, y fue como si su mirada estuviera extraviada.

—Valeria, deja de hacer broma. ¿Qué pasa?

—Habrá que ir al otro vagón y…

—¿Es que en ese que tú has ido no viaja nadie? —preguntó Gemme.

—Nadie vivo —dijo lentamente.

Dunia y Gemme se miraron interrogantes. Luego, ambas miraron a Valeria y fue Dunia la que trató de averiguar:

—¿Nadie vivo? ¿Quieres decir que sí hay, pero…?

Valeria asintió con la cabeza mientras escondía el rostro y calmaba su terror con un sollozo.

—¿Quieres decir que es un tren que lleva muertos? —inquirió Gemme ya espantada.

—Sí —dijo, en medio del sollozo.

—¿Están, están en ataúdes? —preguntó Dunia tragando saliva.

—No, están sentados como si estuvieran vivos y viajaran a alguna parte. Van vestidos como si fueran seres de hace casi un siglo.

—¡Yo me bajo del tren, yo me bajo! —gritó Gemme.

Valeria, más recuperada, la asió con fuerza por una de sus muñecas para impedirle que se dirigiera a la puerta.

—No te puedes bajar, el tren va muy veloz y te matarías. Afuera no se ve nada.

—¡Yo no quiero estar aquí con los muertos!

—Tranquila, los muertos están en el otro vagón, no los vemos. Lo mejor será esperar a que el tren se detenga y entonces, bajaremos donde sea.

—Valeria tiene razón —apoyó Dunia—. Esperaremos a que se detenga aunque sea un apeadero de mala muerte como en el que

hemos subido y bajaremos por la ventanilla si es preciso.

Gemme se sentó junto a Valeria y la cogió del brazo. Suplicando con el tono de la voz y la actitud de sus ojos, insistió:

—De veras que no nos gastas ninguna broma, ¿verdad?

—No. No he debido deciros nada, pero yo también estoy asustada. No nos moveremos de aquí hasta que el tren se detenga y cuando eso suceda, nos apearemos corriendo.

—Qué extraño es todo esto —opinó Dunia—. ¿Y el otro vagón, el que va delante nuestro?

—No lo sé —dijo Valeria— y prefiero no averiguarlo. Si alguna de vosotras quiere ir a ver...

Súbitamente, con gran violencia, se abrió la puerta que daba a la plataforma que comunicaba con el primer vagón, el que iba detrás de la locomotora y la carbonera, el vagón del que aún no sabían nada.

Las tres jóvenes se volvieron hacia la puerta y allí apareció el revisor, el hombre que las tres muchachas deseaban encontrar, pero no en el estado en que le vieron.

Tenía las cuencas de los ojos vacías y la piel pegada a los huesos, de tal forma que en sí mismo era una calavera en la que se echaban en falta algunas piezas dentarias.

Aquel muerto viviente avanzó torpemente siguiendo el vaivén del tren. Las órbitas vacías estaban clavadas en las muchachas, como si en ellas hubieran ojos que las miraban.

—¡No, noo! —chilló Gemme fuera de sí.

—¡Quiero salir de aquí, quiero salir! —gritó Dunia aferrándose a la ventana abierta con la evidente intención de saltar del tren sin importarle donde pudiera caer, aunque fuera en brazos de la muerte.

Dunia no podía resistir la espeluznante visión del revisor.

—¡Dunia, Dunia! —gritó Valeria agarrándola por un brazo mientras Gemme chillaba fuera de sí.

El cadáver viviente se detuvo entre dos bancos. Encarado con las chicas, trató de hablarles, quiso comunicarles algo, pero sólo indescifrables sonidos guturales salían por su boca de calavera.

El tren aminoró la marcha, Valeria lo notó.

Ella parecía ser la que mejor soportaba la visión de aquel ser que trataba de decirles algo que no lograban entender.

Al fin, el tren se detuvo y las jóvenes salieron corriendo hacia la puerta opuesta por la que apareciera el tétrico revisor.

Saltaron materialmente de la plataforma al suelo firme, escapando del macabro tren donde los cadáveres parecían seres vivos.

Tras dar un par de pitidos, el tren reanudó la marcha, perdiéndose en la noche.

—Tranquilas, ya ha pasado todo —dijo Valeria.

—Ha sido horrible, horrible, creo que me volveré loca —gimió Dunia.

—No es posible lo que hemos visto, ¿verdad? —preguntó Gemme, todavía alucinada.

—Todo es tan extraño... —musitó Valeria. Miró en derredor y exclamó—: Estamos junto a una pequeña ciudad.

—Hay que encontrar a la policía y contárselo todo —dijo Gemme.

—¿Qué pretendes, que nos encierren también en un manicomio?

—Valeria tiene razón, no podemos contar esto a la policía.

—Vamos a buscar un lugar para dormir. Lo malo es que en la huida hemos dejado en el tren todo lo que llevábamos.

—Todo lo perdido se puede volver a comprar —opinó Dunia.

Mientras caminaban por un terreno llano y limpio hacia la pequeña población donde había luces, comenzó a clarear en el horizonte. Había llegado el alba y con ella, un nuevo día. El sol aparecería para barrer las tinieblas, las pesadillas de la horrible noche.

Las tres jóvenes llegaron a la carretera.

Allí había una gasolinera atendida por un joven de elevada estatura y complexión fuerte, de cabello castaño rojizo peinado con desenfado y ojos castaños muy vivaces, unos ojos que se clavaron en las muchachas que avanzaban hacia él cuando ningún vehículo rodaba por aquella carretera.

—Hola. ¿Estáis en apuros? —preguntó, apoyado en el surtidor de gasolina.

Para las tres chicas, aquel hombre fue una especie de arcángel salvador. Aparecía ante ellas junto con el día, aunque el sol aún no se veía y el frío era intenso.

—Venimos del tren —dijo Dunia, señalando con el pulgar hacia

atrás.

—¿Del tren? ¿Estáis de broma u os habéis flipado?

Las tres se miraron entre sí como para asegurarse de que no estaban equivocadas. Fue Valeria quien ratificó:

—Sí, venimos del tren, hace pocos minutos que ha parado en la estación. Nos hemos apeado y hemos venido hacia aquí, necesitamos descansar.

—Imagino que sí necesitáis descansar y mucho, porque aquí no hay tren, estación ni línea férrea. Es un pueblo sin importancia, y tampoco la carretera la tiene, pasan muy pocos vehículos. Esta gasolinera es de mi padre y os aseguro que es un negocio ruinoso. Cuando termine mis estudios, jamás volveré a este lugar.

—¿Estás bromeando? Nosotras acabamos de llegar en el tren —insistió Valeria.

—Bueno, ¿qué queréis, un hotel para descansar o un psiquiatra?

—¿De veras insistes en que no hay tren?

—Como sois tres y es difícil encontrar a tres locas juntas, estáis poniendo en duda mi propia razón. Vamos, venid a la oficina, allí hay un mapa de la población.

Las tres le siguieron a la pequeña oficina de la gasolinera. Clavado en la pared con chinchetas había un mapa en colores del pueblo y sus entornos con la carretera, los caminos vecinales y el río. Podían ubicarse los bosques y hasta un páramo que se extendía hacia el sur.

—Aquí lo tenéis y es reciente, mirad la fecha. Si encontráis una vía férrea, premio. ¿Qué clase de alucinógenos usáis? No es que me interese fliparme, sino que estoy haciendo un estudio para la facultad sobre hongos alucinógenos.

—Estábamos en el tren, ¿verdad? —preguntó Gemme a Valeria, dudando ya de su propio raciocinio.

En vez de responderle, Valeria se volvió hacia aquel joven de aspecto sano y fuerte. Sus ojos chispeantes transmitían inteligencia y un algo de cinismo congénito, un cinismo que la vida no le había podido dar aún teniendo en cuenta su juventud.

—Veníamos en mi coche, un "Volkswagen" "Escarabajo". Creo que equivoqué unas señales y nos perdimos por una pista forestal hasta que el coche se rompió.

—Bueno, eso ya es otra cosa. Si me decís donde está, llevaré una

grúa para remolcarlo.

—Quizás no merezca la pena, es muy viejo. Tenía pensado comprar otro coche, usado, por supuesto, y que no fuera caro.

—Eso se podrá arreglar —aceptó el joven que aún no se había presentado a sí mismo.

—Quiero, quiero... —repitió Gemme sin llegar a concretar lo que deseaba.

Valeria intervino:

—Queremos descansar y tomar una ducha, lo hemos pasado mal.

—¿No lleváis equipaje?

—Lo hemos dejado todo —dijo Dunia.

—Está en el coche —concretó Valeria—. Si lo que deseas saber es si llevamos dinero para pagar, sí lo tenemos.

—Llamaré a la posada y luego os llevo. Aunque deje la gasolinera desierta no pasa nada.

El joven habló por teléfono y poco después las hacía subir a un coche algo antiguo pero amplio y confortable con el que las llevó a la posada de madame Secousse.

—Bienvenidas —les dijo la mujer sonriendo forzadamente.

El aspecto de las chicas no era precisamente alegre. La fatiga y algo más que hizo pensar a la posadera en drogas, se reflejaba en sus rostros.

—Las habitaciones son soleadas y dan a la calle —decía madame Secousse al mostrárselas.

Debía hacer tiempo que no hospedaba a nadie, pero viuda y sola, conservaba bien su casa por si llegaban huéspedes inesperadamente, como acababa de ocurrir.

—¿Y teléfono? —preguntó Valeria.

—Está abajo, en la salita. Este es un hotel pequeño y no podía poner teléfono en cada habitación.

—Luego bajaré a telefonear. Después de ducharnos querríamos comer algo, estamos desmayadas.

—Lo malo es que no podréis poneros ropa limpia. Es una pena que hayáis dejado el equipaje dentro del coche abandonado. ¿De dónde sois?

—De París.

—Ah, pues queda un poco lejos de aquí.

—Sí, pero no tema, llevamos tarjeta de crédito. Compraremos algo de ropa en algún almacén hasta que recuperemos los equipajes.

La señora Secousse se alejó.

Las tres jóvenes habían quedado juntas en la habitación que ocuparía Valeria.

Lo que ignoraban es que la posadera iba a escucharlas desde el desván abriendo una trampilla del tubo de la calefacción que era una estufa de pantufla donde se quemaba carbón y tacos de madera.

—Valeria, tú pareces la más equilibrada de las tres —comenzó Dunia—. ¿Qué opinas de lo ocurrido?

—No hay tren, pero nosotras hemos llegado en el tren —musitó Gemme.

Habrá una explicación y la encontraremos —trató de tranquilizarlas Valeria—. Ahora nos recuperaremos. Quizás se trate de una alucinación colectiva y no hayamos viajado en ese macabro tren.

—Y si no hemos viajado en el tren —inquirió Gemme desafiante —, ¿dónde están nuestros equipajes?

—Gemme tiene razón, hemos estado en ese maldito tren.

—Si insistimos en eso, nos van a atar como a Mary.

—Antes me suicido —dijo Gemme resuelta.

—¿Os acordáis que Mary repetía que venía el tren, que venía el tren?

—Sí, Dunia, eso decía —asintió Valeria—, pero quizás se refería a otro tren.

—No trates de engañarte, Mary hablaba del mismo tren, lo que pasa es que ella debía ir sola y no lo resistió. Nosotras, por ser tres... Bueno, admito que tu sangre fría nos ha salvado porque yo me hubiera arrojado por la ventanilla.

—Ha de haber una explicación y tenemos que encontrarla.

—Nos iremos pronto de aquí, ¿verdad? —inquirió Gemme.

—Sí —asintió Valeria—. Me gustaría que hubiéramos sufrido una especie de alucinación colectiva, hipnotismo o lo que sea. Estábamos muy impresionadas por Mary y el estado en que la vimos.

Las tres jóvenes se ducharon, pero hubieron de volver a ponerse las mismas ropas porque no tenían con qué cambiarse.

Tenían sueño. Había sido una noche sin dormir, pero también

tenían sensación de desmayo por hambre.

—Con este desayuno os sentiréis mejor —les dijo madame Secousse. Carraspeó y algo dubitativa añadió—: Tendríais que abonar algún dinero por adelantado, mi posada no es un gran negocio y yo tengo gastos. No será mucho, una semana por adelantado.

—¿Una semana? —exclamó Dunia—. Si estaremos sólo uno o dos días...

—No es problema, os devolveré el dinero de los días que no estéis. Después de todo, habéis llegado sin equipaje y nadie os conoce. Si en cualquier momento desaparecéis de la misma manera que habéis llegado, yo me quedaré sin cobrar.

—No se preocupe —le dijo Valeria—, aquí tiene mi tarjeta de crédito.

—¿Tarjeta de crédito? Oh, no, yo no soy tan moderna, prefiero que me deis dinero en efectivo. Yo voy a pagar la cuenta del almacén con francos.

—Está bien, pasaré por el Banco y sacaré dinero de mi tarjeta de crédito. —En tono de sorna, preguntó—: Podrá esperar unas horas, ¿verdad?

—Sí, claro, esperaré a que regreséis del Banco.

—Acompañadme —pidió Valeria a sus amigas, después de desayunar. El sueño se notaba en los ojos enrojecidos de las muchachas—. Después del Banco iremos al almacén y compraremos algo de ropa, lo más imprescindible.

—¿Crees que recuperaremos los equipajes?

—Quién sabe. Si sufrimos una alucinación, el equipaje puede estar abandonado por el monte en cualquier parte por donde pasamos. Compraré un coche de segunda mano arregladito de precio y continuaremos viaje.

La población era pequeña, muy tranquila. No les fue difícil encontrar el Banco porque sólo había uno.

El cajero tomó la tarjeta de crédito y desapareció en el interior del despacho del director.

Permaneció allí lejos de la vista de las jóvenes un tiempo que a éstas les pareció interminable. Al fin, salió. Su rostro no reflejaba alegría ni servilismo.

—Tome, señorita.

Al ver que le devolvía la tarjeta de crédito, Valeria se preocupó.

—¿Y el dinero?

—Lo siento, la cuenta de su tarjeta está en blanco.

—¿En blanco? No puede ser. No soy rica, pero tengo suficiente dinero.

—Lo siento, pero el director en persona ha hecho la investigación. Esa cuenta está vacía.

—No es posible.

—Esas cosas ocurren, señorita. Cuando no se es rico y se va utilizando la tarjeta de crédito con prodigalidad, acaba quedando vacía.

—Debe haber una equivocación —insistió.

—Aunque hable con el director es inútil. Ha sido él mismo quien ha tomado la decisión.

—¿Qué haremos ahora? Lo que yo llevaba está en el equipaje —dijo Dunia.

Gemme añadió:

—Mi chequera de viajes también está en el equipaje.

—Cuando hable por teléfono con mi hermana le pediré que me haga un giro. Debe haber algún error en mi tarjeta de crédito. —Se volvió hacia el cajero e insistió por enésima vez—: ¿Está usted seguro de que su ordenador de comprobación funciona bien?

El hombre asintió con la cabeza. Aquel asentimiento era la ratificación de que estaban sin dinero y por tanto, en problemas.

# CAPITULO III

Con una colada ligera, las tres jóvenes volvían a tener ropa limpia, la única de que disponían en aquellos momentos, una situación que las molestaba profundamente y más cuando parecía que madame Secousse las vigilaba con recelo.

—Iré a ver si después del recado telefónico que he dejado, mi hermana ha llamado.

—Sí, Valeria, será mejor que lo hagas y pronto, porque estamos sin un franco —se lamentó Gemme.

—Buscaremos nuestro equipaje y lo recuperaremos. Lo que no entiendo es por qué el director del Banco dice que no tengo fondos en mi tarjeta de crédito cuando en realidad los hay.

—¿No te habrán pasado una factura alta de la que no te acuerdas? —preguntó Dunia.

—Podría ser el seguro del coche, pero no es muy alto.

—Acuérdate de que el año pasado tuviste un accidente de tráfico y eso hará que te suban la póliza.

—Es cierto, no había caído en ello; sin embargo, tengo más dinero en la cuenta.

Valeria bajó a la sala donde madame Secousse mantenía una conversación telefónica. Al advertir la presencia de la joven, bajó la voz y se apresuró a cortar.

—Hola, tú eres Valeria, ¿verdad?

—Sí, señora, soy Valeria.

—Claro. La rubia, Valeria, la pelirroja, Dunia, y Gemme la morena de los ricitos, a ver si no me olvido.

Valeria se tranquilizó, pues había estado esperando un borbotón de protestas.

—¿Ha llamado mi hermana?

—No, no ha llamado nadie. Quizás esté también de viaje y no le han dado el recado.

—Eso será. Si antes de retirarnos a dormir no me ha llamado, volveré a insistir yo si no le importa.

—Si es a pago revertido, claro que no me importa, querida. En

esta vida todos podemos vernos en problemas. ¿Habéis dormido bien?

—Sí, gracias, lo malo es que esta noche no vamos a poder acostarnos temprano.

—Ha estado aquí Guy.

—¿Guy?

—Sí, el chico que os trajo, el nieto del alcalde.

—¿Guy es el nieto del alcalde? —se asombró Valeria.

—Sí, es un joven que hará muchas cosas en la vida, todos lo dicen. Ahora, en vacaciones, lleva la gasolinera de su padre. El abuelo es un hombre de talento, pero su hijo es otra cosa. Todo le ha parecido siempre bien, nunca ha tenido espíritu de luchador, pero Guy sí lo tiene y el abuelo lo valora, pero como los dos tienen el carácter fuerte, chocan.

—¿Ha dicho cuándo volverá?

—Le he dicho que si desea veros, pase por aquí después de cenar, espero que ya habremos regresado.

—¿Regresado? —Miró a aquella mujer como temiendo una sorpresa desagradable.

—Estamos invitadas a cenar en casa de la señora Eléonore Nasard. Es una gran amiga mía y al conocer las dificultades por las que estáis pasando os ha invitado a cenar.

—Es muy amable su amiga, pero no debe molestarse por nosotras.

Valeria tuvo intención de rechazar la cena ofrecida por la desconocida señora Nasard, pero su estómago algo ruidoso le advirtió que era más sensato aceptar. Después de todo, al no tener dinero, la señora Secousse podía negarse a darles de cenar.

—De acuerdo, aceptamos la invitación. ¿Y dice que Guy vendrá después de cenar?

—Sí, seguro que vendrá. La verdad es que por aquí no hay tres chicas como vosotras y Guy no deja de ser un buen mozo.

Cuando Valeria iba a retirarse para reunirse con sus amigas, sonó la campanilla de la puerta. Madame Secousse fue a abrir, pero antes miró a través del visillo.

—Si es el señor alcalde...

Se apresuró a abrir, mostrándose muy halagadora y obsequiosa con la primera autoridad de aquella pequeña población que se

hallaba lejos de las habituales rutas de viajeros.

—Bien, señora Secousse, todo bien.

El hombre, que era alto y para su edad, estaría por encima de los setenta años, parecía muy fuerte, se fijó en la joven. Esbozó una enigmática sonrisa y avanzó hacia ella.

—Tú debes ser Valeria, ¿verdad?

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Yo sé muchas cosas, más de las que todos creen y es mi obligación saberlas. Soy el alcalde y un alcalde es como el padre de toda una comunidad de vecinos que forma un pueblo.

—Sí, claro, pero...

—Como suponía, eres joven y hermosa y por tu mirada pareces decidida. —Retrocedió un paso y la examinó de tal forma que la joven se sintió como desnudada—. Tienes buenas caderas.

—¿Y eso le importa mucho?

—Sí, claro. Tienes las caderas necesarias para tener hijos sin problemas y unos apetitosos pechos para amamantarlos.

El rubor invadió las mejillas de Valeria que no esperaba aquel trato de un hombre que segundos antes no conocía.

—Tengo la impresión de que me está valorando como si yo fuera una yegua o una vaca.

El alcalde Bernard Abelange forzó una leve carcajada.

—No te lo tomes a mal, muchacha, pero no serías la primera en decir que soy algo tosco y grosero hablando, pero ya tengo demasiados años para cambiar y andar con florituras. Mañana ven a comer a mi casa, estás invitada.

—¿Invitada? Lo siento, alcalde, estoy con mis amigas.

—Ah, sí, claro, venid las tres.

—¿Y yo? —preguntó la dueña de la posada.

—Usted, madame Secousse... —Se acercó hasta poder pellizcarle suavemente la mejilla—. Usted se quedará a vigilar la posada, he oído que anda suelto por ahí un enorme oso. Es demasiado descarado y le han visto por el pueblo. He dado orden al patrullero de noche de que lo capture, quiero hacerme una buena alfombra con su piel. Siga usted mi consejo y si llama a la puerta, no le abra, todavía está peor educado que yo.

Volvió a reírse y abandonó la posada.

Valeria preguntó:

—¿Siempre es así este hombre?

—Ya te he dicho que es un hombre muy duro y seguro de sí. Guy, su nieto, ha salido igual y, por lo que parece, le has caído muy bien, muchacha.

—A mí no me importa caerle bien o mal, me iré de aquí y no volveré a verle jamás.

—¿Jamás? Uy, esa es una palabra que los jóvenes empleáis con demasiada facilidad y la vida es muy sorprendente. Seguro que ayer ni te habría pasado por la cabeza que estarías hospedada en esta casa, que tendrías problemas y que el alcalde en persona te invitaría a cenar.

—Eso es cierto, no se puede asegurar dónde estaremos mañana. Todo funciona normal hasta que, de pronto, el camino cambia, no sabemos cómo y estamos en otro lugar con otras gentes. Es como si viajando en un tren alguien cambiara inesperadamente las agujas, desviándolo de su ruta. Por cierto, ¿le ha dicho usted que yo era Valeria?

—No, no le he dicho nada, pero como verás, el alcalde sabe muchas cosas.

La joven regresó junto a sus amigas que la esperaban ansiosas de conocer noticias.

—Lo siento, mi hermana no ha llamado aún, seguimos sin dinero, como vagabundas.

—Pues yo tengo hambre —confesó Gemme—. Se ve que después de pasar tanto miedo me da por tener hambre.

—Yo también tengo hambre y sin dinero y con esa vieja vigilándonos... Si por lo menos el joven de la gasolinera nos invitara a unos bocadillos.

—Tranquilas, tenemos cena.

—¿A la vieja se le ha ablandado el corazón?

—Estamos invitadas a cenar en casa de una amiga suya, una tal Eléonore Nasard.

—¿Y por qué nos ha invitado? —preguntó Dunia.

Valeria se encogió de hombros.

—Quizás se aburren y como somos tres forasteras de las que se estará hablando en este lugar, les daremos ocasión de una velada entretenida.

—Con tal de que cocine bien.

—Ah, y a la vuelta vendrá a vernos Guy.

—¿Guy? —preguntaron las dos a un tiempo.

—El joven de la gasolinera —aclaró Valeria en cierto modo divertida—. Y mañana vamos a comer a la casa del alcalde.

Dunia silbó admirativa. Gemme preguntó:

—¿Estás segura?

—Sí, la invitación la ha hecho el alcalde en persona. Es un setentón muy fuerte que dice saberlo todo y además es el abuelo de Guy.

—No has perdido el tiempo, Valeria. ¿Acaso te propones conquistar este pueblo? Te advierto que yo, en cuanto pueda, me largo de aquí.

—Y yo también, pero antes convendría recuperar nuestros equipajes y el coche.

—¿Os habéis dado cuenta? —preguntó Dunia.

—¿De qué? —preguntó Gemme mientras Valeria la miraba a su vez.

—Pues, que no hablamos del macabro tren en el que llegamos a este lugar.

—Quizás sólo ha sido una pesadilla colectiva —insistió Valeria —. Estábamos muy impresionadas por Mary y lo que le ocurre. Ella temía que llegara el tren. ¿Habéis oído hablar alguna vez de la interconexión cerebral del terror?

—No —dijo Gemme.

—¿Quieres decir que si alguien siente terror puede traspasarlo a otras mentes.

—A mí me da miedo pensar en eso —confesó Gemme.

—El terror se contagia y lo que ve alguien, pueden verlo otras personas sensibles e influenciables que estén cerca y en determinadas circunstancias. Nosotras andábamos perdidas por el monte, sin luz. ¿Y si fui yo quien imaginó el tren y vosotras lo visteis extrayéndolo de mi propia mente?

—No digas locuras, Valeria, al final estaremos locas de atar. ¿Cómo podíamos ver y sentir las tres las mismas cosas con sólo imaginarlas una de nosotras?

—En determinadas circunstancias, eso es posible. Recordad que íbamos limitadas por falta de luz, por el miedo a la soledad del monte, por no oír otra cosa que nuestras propias voces. En esas

circunstancias, las mentes trabajan en exceso y de diferente manera. La imaginación puede gastar una jugarreta a una persona, ésta sentir terror y contagiarlo a las demás.

—¿Como por telepatía?

—Exactamente —asintió Valeria—. He leído que una mente puede comunicarse con otra en según qué momentos mediante imágenes, ese es el principio de las cartas Zener, pero la imagen no tiene por qué estar fija.

—Basta, Valeria —le pidió Gemme—, sé lo que te propones.

—Ahora soy yo quien no te entiende.

—Sencillo. Tú quieres convencernos de que el tren ha sido una alucinación, contagiada de una a otra según ese rollo de la telepatía, pero yo no voy a creerte aunque pongas buena voluntad y lo digas para tranquilizarnos. Yo estoy segura de que estuve en el tren.

—La verdad es que yo también.

Valeria suspiró.

—Será mejor que me calle. Quizás lo que yo pretendía no era convenceros a vosotras, sino tranquilizarme a mí misma. Prefería creer que todo era una pesadilla, una jugarreta de la mente. Cualquiera en soledad, sin luz, en mitad de la noche, en un lugar perdido y después de visitar a una amiga en un manicomio, puede sufrir una especie de pesadilla en vigilia. Admito que es difícil sostener la teoría de que lo que yo pude imaginar, lo trasladé a vuestras mentes.

—Quizás la alucinación no la tuviste tú sino cualquiera de nosotras dos —objetó Dunia—. Sería la misma teoría.

—Si encontráramos los equipajes, podríamos saber la verdad.

—Pues los buscaremos, mañana buscaremos nuestras cosas —dijo Valeria resuelta.

# CAPITULO IV

A bordo de un viejo y destartalado coche manejado por la propia señora Secousse, las cuatro mujeres se dirigieron a la casa de Eléonore Nasard. Era de noche y el frío se hacía notar.

—Me gustaría arreglar la calefacción de este coche, pero siempre

me dicen que no hay repuestos y que me costaría demasiado caro —explicó la dueña de la posada.

Las tres jóvenes no hicieron comentarios. No parecían muy contentas por aquel paseo nocturno, pero no había otra manera de poder cenar.

Ninguna creía que aquel coche pudiera ir más allá de unas diez millas. El motor se calentaba demasiado pronto y posiblemente habría que pararlo para que se enfriara.

—Guy me dice siempre que he de echar más aceite, que no sé y que no sé cuantos, que el coche chupa mucho aceite, cosas de motores, yo no entiendo, lo importante es que ruede.

Valeria miró la aguja del termómetro del motor y le pareció que se acercaba peligrosamente a la franja roja. Era paradójico que aquel motor generara tanto calor y en cambio estuvieran pasando frío dentro del vehículo.

Por un camino bastante aceptable rodaron en dirección al río donde las aguas se remansaban formando un embalse natural, un lugar que en épocas de sequía se tornaba pantanoso y hediondo a causa de la putrefacción de vegetales y animales que allí morían por el descenso del nivel de las aguas.

Eléonore Nasard vivía sola lo mismo que madame Secousse.

Las tres chicas esperaban encontrarse con una mujer parecida a la posadera, de estatura baja, maciza de carnes y falsamente simpática y cordial. Por contra, Eléonore era alta, de rostro sereno y mirada aguda y sagaz, una mirada nada corriente.

—Bienvenidas —saludó muy atenta.

—Las tres ovejitas están perdidas —dijo la posadera a modo de gracia.

La casa tenía dos plantas y su decoración era recargada, tanto en muebles como en cortinajes y alfombras. Allí, por lo menos, no se pasaba frío. Había una chimenea encendida y una mesa ya dispuesta para que los comensales se sentaran en torno a ella.

—Tiene usted una magnífica cocinera —dijo
Valeria con sinceridad al saborear los alimentos.

—¿Cocinera? —se asombró madame Secousse—. Nada de eso, ella lo hace todo. Por esta mesa ha pasado gente importante, ¿verdad, Eléonore?

—Por favor, queridas, me abrumáis.

Todos los reparos que las tres muchachas tuvieran en principio, se disiparon. Sorpresivamente, la señora Secousse dio muy buena cuenta del vino que Eléonore escanciaba en su vaso.

—Ahora, queridas, después de la cena, podemos tener un ratito de charla en el estudio.

Las chicas hubieran preferido retirarse a descansar, pero estaban lejos del pueblo y tampoco podían desairar a quien les había ofrecido tan bien de cenar siendo unas desconocidas.

La anfitriona las condujo hacia una puerta en la que encontraron una escalera descendente y no ascendente como cabía suponer.

—Ya veréis que estudio tiene Eléonore, a mí me estremece, me cogen escalofríos cada vez que entro en él, por eso me bebo un par de vasitos de vino. —Y se echó a reír.

Valeria pensó que madame Secousse no había tomado sólo un par de vasos de vino, sino siete u ocho y que el efecto se le notaba.

Les pareció que descendían a un sótano, pero más que sótano, aquello era una gruta, extraña y estremecedora.

Paredes desiguales con principios de estalactitas y estalagmitas, algunos muebles y butacas y una lámpara con pantalla roja que daba al ambiente una luz fantasmagórica.

Valeria dijo:

—Esto es impresionante.

—A mí no me gusta —opinó Dunia con algo de descaro.

—Este lugar es muy antiguo. Algunos dicen que fue lo primero que hubo en este pueblo — explicó Eléonore.

La dueña de la posada dijo en tono confidencial:

—Este es un lugar mágico.

Valeria se encaró con Eléonore y le preguntó abiertamente:

—¿Cree usted en la magia?

—La magia es tan antigua como la humanidad, queridas, y por muchos avances de la ciencia que haya, la magia seguirá existiendo, claro está que hay magia blanca y magia negra.

Gemme, algo asustada, inquirió:

—¿Es usted una bruja?

—Algunos opinan que sí, pero no hagáis caso de las habladurías. Por favor, Valeria, siéntate aquí —le señaló una de las butacas—. Tú, Dunia, allá —le indicó otra butaca en la pared opuesta y luego hizo sentar a Gemme frente a Dunia.

—¿Va a hacernos una sesión? —quiso saber la pelirroja Dunia.

—Yo sólo trato de ayudar.

Se acercó a una chimenea-hogar que debía ser antiquísima y posiblemente natural, una oquedad en la roca.

Con un largo fósforo, encendió los leños que quedaron rodeados de llamas inmediatamente. La sensación de fría humedad que allí reinaba se disipó gracias a la visión de las llamas agitándose dentro del hueco de la pared rocosa.

Era como si hubiera agujereado el muro para dejar al descubierto una entrada del infierno.

La lámpara se había apagado y se iluminaban con las llamas de aquella chimenea tan poco común.

Valeria descubrió en las paredes pájaros de distintas especies, todos ellos disecados y varios con las alas abiertas.

El lugar no era tranquilizador, en nada se parecía al salón donde habían estado cenando. Al descender a aquel sótano, parecían haberse introducido en otro mundo. Miró a Gemme y a Dunia temiendo que ellas estuvieran más asustadas todavía.

—Madame Secousse, por favor, acérquese —le pidió Eléonore con voz cadenciosa y apacible.

La mujer obedeció en silencio. Ahora parecía más baja de estatura, quizás por estar encorvada, como si la cabeza le pesara.

—Tienes una bonita casa, Eléonore, tienes una bonita casa —repitió.

Fue coloada por Eléonore en el centro de la extraña sala, una gruta al parecer antiquísima con el suelo de tierra arenosa. Siglos atrás quizás se habían celebrado allí rituales religiosos.

—Duérmase, madame Secousse, duérmase y se encontrará mucho mejor.

Eléonore hipnotizó a la posadera, la dejó dormida en el centro de la sala. Después, se volvió hacia las jóvenes mirándolas una a una, ya que estaban distanciadas entre sí debido a la colocación de las butacas.

—No tengáis miedo, yo no practico la magia negra.

—Pues cualquiera juraría lo contrario —replicó Dunia algo agresiva.

—En la Tierra hay lugares que son mágicos, lugares donde ocurren fenómenos extraños y que atraen a los iniciados, lugares

donde las fuerzas telúricas impregnan el ambiente y a los seres que lo ocupan. Este es un lugar mágico, lo ha sido desde mucho antes de que mis antepasados lo descubrieran. ¿Creéis vosotras en los lugares mágicos?

Gemme y Dunia parecían querer negarlo, pero Valeria asintió.

—Muchas iglesias han sido construidas en lugares mágicos que ya habían descubierto los seres prehistóricos. ¿No es eso?

—Así es —asintió Eléonore—. Existen grandes templos y catedrales edificadas en lugares mágicos. Algunos han sido olvidados en criptas, por ello los fieles que allí rezan ya no consiguen la magia de sus ancestros. Todas las religiones se aprovechan de esos lugares mágicos y es comprensible. Un lugar mágico no significa que sea malo, un lugar donde el mal impere, aunque sí hay lugares mágicos negativos y otros positivos.

—¿Y este lugar mágico es positivo o negativo? —quiso saber Valeria, demostrando una gran serenidad en aquella extraña situación mientras madame Secousse seguía de pie, dormida e inmóvil como una figura de cera.

—Durante el tiempo que ha estado en poder de mis antepasadas y yo, ha sido positivo, pero pudiera ser que en tiempos lejanos hubiera sido negativo. Las líneas de fuerza telúricas viajan con los siglos, con los milenios, y volverán a cambiar, aunque no sabemos cuándo.

—¿Qué es lo que se propone ahora? —preguntó Valeria.

—Madame Secousse es una médium, pero ella no lo sabe.

—¿Está diciendo que la utiliza para sus experimentos mágicos sin su consentimiento?

—No le hago ningún daño. Es muy difícil encontrar una buena médium. Por lo general, las médiums son falsas, teatralizan sus intervenciones. Madame Secousse es diferente, ella ni siquiera sabe que lo es.

—¿Y si alguien se lo dice? —preguntó Dunia.

—No le creería —respondió Eléonore muy segura de sí.

—¿Acaso le ha dado la orden de que si le dicen la verdad no la crea?

—Más o menos, Valeria, de modo que os podéis ahorrar ese trabajo. Se volvería en contra vuestra. Ella y yo —ahuecó la voz— somos excelentes amigas.

—¡Esto me parece intolerable! —exclamó Dunia poniéndose en pie.

Aquella extraña mujer de gran personalidad, se acercó a la pelirroja y le puso las manos en los hombros. Sin emplear fuerza, la obligó a sentarse de nuevo.

Después le cogió ambas manos y se las colocó sobre los brazos de la butaca.

—Mantened las palmas de las manos hacia abajo, como cogiendo el extremo de los brazos de las butacas. Unas líneas de fuerza llegarán hasta vosotras y las puertas de lo más recóndito de vuestras mentes se abrirán.

Las tres jóvenes no sabían que actitud adoptar. Se sentían dominadas por Eléonore. Esta tomó un frasco y arrojó su contenido, un polvo grisáceo, al fuego de los leños. Se produjo una gran llamarada púrpura y madame Secousse comenzó a chillar. Alzó los brazos como si quisiera tocar el techo y luego, se arrojó al suelo. Rodó por él ante el asombro rayano en el espanto de las muchachas.

Luego se encogió hasta adoptar una postura fetal.

Con aquel espectáculo no había contado ninguna de las tres amigas. Habían salido en busca de aventuras y estaban encontrando más de las previstas y deseadas.

Madame Secousse, encogida en el suelo, respiraba casi espasmódicamente.

Hallarse en aquella caverna oculta bajo el suelo de una casita de apariencia inocente, iluminadas por las llamas que se alzaban en la oquedad del muro, no era lo mismo que estar en un teatro donde se representara un espectáculo de magia o brujería.

Allí no se representaba, allí se vivía, y las tres jóvenes lo sentían en sus cuerpos, en su sangre, en las raíces de los cabellos, en los ojos ansiosos que no se apartaban de madame Secousse que había entrado en trance.

Como había puntualizado Eléonore, aquella médium no era una impostora. Ella vivía su situación.

Valeria notó algo en las palmas de sus manos que se apoyaban en los brazos de las butacas. Era como una energía que no sabía si entraba en su cuerpo o salía de él.

Quiso levantar las manos y no pudo, fue como si tuviera abrazaderas de acero en las muñecas.

Buscó con su mirada los rostros de Gemme y Dunia, rostros con sombras y tonalidades rojizo oscuras al reflejar las llamas.

Madame Secousse seguía en el suelo en postura fetal, respirando profundamente como sumida en el sueño de una gran borrachera.

Dentro de aquella caverna mágica comenzó a oírse un rumor lejano que fue aumentando de volumen.

—No puede ser, no puede ser, es el tren, el tren —repitió Valeria, asustada.

Gemme y Dunia también miraron en derredor buscando la procedencia del sonido, como si temieran que el tren fuera a aparecer de pronto por una de las paredes que formaban el subterráneo de la casa.

De pronto, ensordecedora, la locomotora que no veían hizo sonar su silbato.

Madame Secousse comenzó a retorcerse hasta que se puso a gatas. Y como poseída por unas incontenibles arcadas, comenzó a vomitar una masa amorfa y blancuzca.

Valeria no había visto jamás ectoplasma y ahora lo veía salir por la boca y los orificios nasales de madame Secousse, hasta que aquella masa fue tomando forma hasta quedar como la figura de un hombre, pero un hombre sin cabeza.

Valeria quiso cerrar los ojos. De buena gana hubiera escapado, pero una extraña fuerza la inmovilizaba en la butaca lo mismo que a Gemme y a Dunia que chillaban desaforadamente, desencajados sus rostros.

Valeria apretó los dientes. No quería dejarse llevar por aquella locura histérica. No quería chillar ella también y perder el control de sus nervios, de su mente. En medio del ruido ensordecedor, hasta las paredes parecían temblar.

Buscó a Eléonore y no la vio. Era como si se hubiera disuelto en el aire o en las sombras que danzaban en las paredes gracias a las llamas.

Madame Secousse, que había dejado de vomitar ectoplasma, comenzó a hablar con una voz gruesa y gutural, apenas inteligible. Gemme y Dunia seguían chillando descontroladas mientras, como fondo, seguía oyéndose el rumor del maldito tren, ya con un volumen más bajo.

—El tren tiene que seguir… su camino… El tren tiene… que seguir… su camino…

La figura humana decapitada estalló de pronto y miríadas de puntos blancos llenaron la gruta, como si estuviera nevando dentro de ella, al tiempo que las llamas de la esotérica chimenea semejaban querer ir en busca de la caída madame Secousse.

Valeria tuvo la sensación de que sus sienes estallaban. Cerró los ojos y su cabeza se ladeó escapando a cuanto la rodeaba.

# CAPITULO V

El vagón de tren se movía horriblemente, era como estar en el epicentro de un terremoto.

Valeria se puso en pie, agarrándose al respaldo del asiento. El fragor la ensordecía y la luz era escasa, sólo dos lámparas con tulipas ahumadas iluminaban el vagón.

Tenía miedo y era consciente de ello. Más que miedo, quizás fuera terror, pero trataba de controlarse para poder escapar.

Se hallaba en el centro del vagón y ambas puertas quedaban a la misma distancia. Sabía que traspasando una de aquellas puertas y pasando al vagón siguiente se encontraría con los viajeros ya convertidos en cadáveres.

Una de las puertas se abrió violentamente. El golpazo fue tan fuerte que la sobresaltó pese al ensordecedor fragor ambiental.

Por la puerta, a la par que una ráfaga de aire frío, entró el pitido largo y angustioso de la locomotora y sonó como un lamento.

Como si hubiera estado esperándolo, para colmar su horror, apareció el cadáver viviente del revisor.

La visión del cuerpo decapitado la llenó de espanto y respirando con dificultad, ahogando gritos que no llegaron a ser audibles, Valeria se fue alejando entre los bancos del viejísimo tren.

Llegó a la puerta opuesta. El cadáver decapitado seguía avanzando hacia ella, tendiendo las manos como para cogerla entre ellas.

—¡Dios mío, Dios mío!

Salió a la plataforma, el fragor del traqueteo se hizo más fuerte. Valeria lanzó un agudo chillido y ni siquiera sus propios oídos pudieron captarlo en medio del estruendo.

Las manos cadavéricas aparecieron por el hueco de la puerta. La joven no tenía escapatoria. El tren rodaba a una endiablada velocidad bajo un cielo negro y sin estrellas.

Incapaz de resistir que aquellas manos cadavéricas la tocaran, Valeria se arrojó fuera del tren, sin ver adónde podía caer.

En el instante que se sintió despegada de todo, como volando y a

punto de hundirse en lo más profundo de una sima infernal, esperaba sentir de un momento a otro el golpe fatal. Su cráneo se partiría al chocar contra una roca o el tronco de un árbol. Quizás fueran sus vértebras las que saltarían hechas pedazos o su cuerpo caería contra la dura tierra, reventando.

"Dios mío, que no sea doloroso", pensó mientras gritaba.

—Calma, calma.

La voz le sonó familiar mientras unos brazos fuertes la estrechaban. Jadeante, abrió mucho los ojos y éstos se llenaron con la luz diurna que entraba por el ventanal.

Guy estaba a su lado, sentado en el borde de la cama en la que ella se encontraba.

—Ha sido una pesadilla —dijo él estrechándola contra sí, haciéndole notar la fuerza de sus brazos.

Como desconcertada, Valeria miró en derredor. Luego, apoyó sus manos en el pecho de Guy para separar los cuerpos y le miró a la cara.

—¿Qué ha ocurrido?

—Has debido sufrir una pesadilla.

—¿Ésta, ésta es mi habitación?

—Sí, estáis hospedadas en el pequeño hotel de madame Secousse.

—Sí, ya recuerdo... ¿Y qué haces tú aquí?

—Madame Secousse me ha pedido que te despertara, que el desayuno está listo. Vine anoche.

—¿Anoche?

—Sí, pero no llegabais. Por lo visto, regresasteis muy tarde.

—¿Muy tarde? —repitió pensativa.

—La madame me ha contado que tuvisteis una cena muy alegre y que bebisteis algo más de la cuenta. Tus amigas todavía duermen. Yo te he traído un coche, a ver si te gusta para comprarlo.

—¿Comprarlo?

Guy achicó sus ojos, le preocupaba el comportamiento de Valeria.

—Dijiste que el tuyo había quedado inservible y que querías comprar uno de segunda mano.

—Sí... Debí de beber, porque me siento como con resaca y saliendo de una pesadilla muy desagradable. Ahora vas a irte para

que yo me vista y baje a desayunar, luego ya seguiremos hablando del coche.

—De acuerdo. Cuenta conmigo para tratar de solucionar tus problemas, aunque voy a lamentar que os vayáis. ¿Es cierto que almorzáis en casa de mi abuelo el alcalde?

—Sí, sí, ahora recuerdo. Tu abuelo es un hombre duro y muy directo.

—Sí, hay que tener cuidado con él porque siempre se hace lo que él dice.

Guy se levantó y la muchacha se miró a sí misma. Se cubría con un liviano camisón que dejaba casi al descubierto sus pechos grandes y redondos, muy atractivos para los hombres.

No tardó en bajar al comedor. Gemme y Dunia seguían profundamente dormidas; en cambio, encontró a madame Secousse muy entera y sonriente.

—¿Has dormido bien? —le preguntó.

—He tenido pesadillas.

—Eso ocurre cuando se cena copiosamente.

—¿Cómo fue que bebimos tanto?

—Eléonore cocina muy bien y se bebió un poquito. Es natural, ¿no opinas, Guy?

—Sí, es natural.

—Ah, Valeria, ha llamado tu hermana.

—¿Y cómo no me ha avisado?

—Dormías tan profundamente que no he podido despertarte. Ha dicho, que volverá a llamar a la noche, que tenía que salir.

—Vaya, qué mala suerte —se lamentó.

—Si ha de volver a llamar a la noche no habrá problema —la tranquilizó Guy.

—Ha de mandarme un giro. Sin su dinero no puedo pagar nada y mucho menos ese coche que me ofreces.

—No soy exigente, hay tiempo para cobrar, pero el coche puedes usarlo ya. Toma las llaves.

Tras darle las llaves y dejarle un sobre de plástico con la documentación, el joven se levantó para marcharse. Valeria le detuvo:

—Espera, podemos probarlo juntos mientras mis amigas despiertan.

—De acuerdo. Tienes el tanque lleno de gasolina. Daremos una vuelta, quizá puedas indicarme dónde perdisteis los equipajes.

—Ah, sí, los equipajes.

Desayunó sin demasiado apetito y luego, ambos salieron a la calle.

Guy le mostró el coche. Era un "Citroen" GS, se le notaba el tiempo en la pintura y en algunas rascadas, pero los neumáticos se veían bien.

—Ponte al volante y pruébalo. Ya sabes que este coche eleva el piso para poder rodar por malos caminos.

—Sí, conduje uno en una ocasión.

Valeria aceleró con cautela. Le costaba poner atención en aquel vehículo que Guy le ofrecía.

No recordaba nada de lo sucedido en el sótano de Eléonore y por lo visto, madame Secousse tampoco se acordaba de nada.

Estaban ya fuera del casco urbano cuando Valeria pisó bruscamente el freno y detuvo el coche con cierta violencia. Guy se inclinó hacia adelante con el riesgo de estrellar su cabeza contra el cristal.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Aferrada al volante, miraba hacia un horizonte que no veía, preocupada porque los recuerdos introducidos en su subconsciente en contra de su voluntad pugnaban por pasar al consciente.

—¿Eléonore es una bruja?

—Te has dado cuenta pronto... ¿Os hizo alguna sesión?

—No lo sé, no recuerdo, tengo la mente llena de confusión.

—Si bebisteis demasiado...

—Yo jamás me había emborrachado antes. ¿Pudo darnos alguna pócima?

—No lo creo. Eléonore Nasard tiene partidarios y, claro está, enemigos, pero se la considera una bruja buena.

—¿Bruja buena, es eso posible?

—Creo que sí, aunque yo no estoy muy impuesto en estos temas. Por lo que he oído, esa mujer ayuda a la gente, es como una curandera o algo así. Resuelve problemas familiares, angustias, no sé. Yo la conozco poco, pero me parece una buena persona.

—No sé, todo lo que está sucediendo desde...

Quedó callada. Temía que acabaran considerándola una enferma

mental como su amiga Mary.

Paseó su mirada por el cristal parabrisas y preguntó:

—¿Por dónde podríamos empezar a buscar?

—¿El equipaje?

—Y el coche. Nos perdimos, nos metimos en un mal camino, se rompió el coche, empezamos a andar y después…

—¿El tren?

—Sí, el tren.

—Ya te dije que por aquí no había ninguno.

—Sí, ahora no hay ningún tren, pero ¿lo hubo?

—Yo no lo recuerdo y los mapas no indican la existencia de ninguna línea férrea. ¿Tienes idea de por donde vinisteis?

—No. Era de noche. Vimos las luces del pueblo y lo primero que encontramos fue la gasolinera donde tú estabas.

—Pues, va a ser difícil. Hay muchos caminos por estos montes. Este no es un territorio demasiado habitado. Podemos dar unas vueltas, pero si lo que habéis perdido no es demasiado importante, mejor lo olvidáis.

—Lo importante es encontrar la realidad para poder diferenciarla de la pesadilla.

—No te entiendo, tendrías que contarme más cosas.

—Creo que es mejor no contarlas por ahora.

Puso el coche en su posición más elevada de los bajos respecto al suelo gracias a su sistema hidráulico y reanudó la marcha internándose por una pista forestal a la búsqueda de su coche perdido y, en secreto, a la búsqueda del macabro tren.

Guy le daba indicaciones en las encrucijadas y el vehículo avanzaba por las pistas forestales perdiéndose entre los árboles. Para Valeria aquella situación era desesperante, no reconocía nada del paisaje.

—¿Y ese camino, adónde conduce? —preguntó, ya con deseos de regresar y con sensación de fracaso.

—Conduce a la champiñonera.

—¿Champiñonera?

—Sí, es del abuelo, en realidad pertenece a nuestra familia desde hace la tira de tiempo. Es un cultivo de champiñón dentro de una gruta. El abuelo dice que cuando él muera, será mío. Mi padre no lo quiere.

—¿Y da beneficios?

—Parece que sí. Lo único que hace el abuelo es supervisar. Vienen dos hombres y dos mujeres unas horas al día, ellos cuidan de las bandejas, recogen el champiñón en vehículos todo-terreno y luego regresan al pueblo.

—Qué interesante. Vamos a acercarnos si no está lejos.

—No, no lo está.

Valeria hizo avanzar el "Citroën" por aquel camino en el que podían verse las rodadas de vehículos todo-terreno.

No tardaron en llegar. El camino terminaba en el bajo de la montaña que se alzaba infranqueable ante ellos.

Taponando un gran hueco había una pared de piedra y en ésta se abría una puerta suficientemente ancha como para dejar pasar un vehículo pequeño.

—¿Es esto?

—Sí, esto es la champiñonera. Es una gruta muy grande llena de bandejas. Anda, baja, estiraremos las piernas y podré mostrártela.

A la joven le pareció bien. Tenía deseos de caminar y relajarse. Se había sentido angustiada buscando su viejo y roto coche o el equipaje perdido.

La llave de la puerta estaba oculta tras una piedra junto a la pared, era fácil hallarla conociendo el escondite.

Guy franqueó la puerta y pasó al interior que mostraba una gran oscuridad. Encendió luces eléctricas.

—Vaya, hay luz y todo —observó la muchacha entrando en la gruta.

—Sí. Hay un molino de viento que hace funcionar una dinamo y esta dinamo mantiene cargadas las baterías que hay aquí dentro y que sirven para que brillen las bombillas. No hace falta electricidad para nada más y el invento del abuelo funciona. Las bombillas tampoco están demasiado tiempo encendidas durante el día.

El olor a humedad era fuerte. Podía oírse el goteo del agua de las paredes. Había estanterías con bandejas a derecha e izquierda.

—Qué túnel tan grande —dijo Valeria—» Parece que perfora la montaña.

—No en su totalidad, tiene ochocientos metros. No está aprovechado intensivamente para el cultivo del champiñón, habría que hacer una inversión. La verdad es que sí es muy grande. Parece

que lo descubrió mi bisabuelo, aunque , no fue suya la idea de criar aquí el champiñón, sino de mi abuelo.

—Es impresionante, por aquí podría pasar un tren.

Quedó callada y observó despacio en derredor y luego el suelo que era de tierra apisonada.

—Esta es una gran galería ciega, a los ocho cientos metros se interrumpe. He oído contar que podría prolongarse y salir por el lado contrario de la montaña, pero no tiene objeto y parece que esta gran galería o túnel no es segura en todas sus partes. Hay tramos rocosos y tramos con tierra y también con pequeños derrumbes. Por ello, el abuelo no prolongó las estanterías con los champiñones, no quería tener una desgracia. Otra cosa sería si se reforzaran paredes y techos con hormigón armado, pero no creo que sea un tema que te interese.

—Nunca había estado en un sitio como éste, con tanta humedad.

—Aquí la temperatura es constante y la luz no existe la mayor parte del día, sólo unas horas de luz eléctrica para que puedan trabajar los empleados de mi abuelo, nada más.

—¿Tú no has venido nunca a trabajar aquí?

—Algunas veces he recogido champiñones, me hacía ilusión, los ves tan blancos y tan grandes. ¿Te gustan?

—Sí, me gustan fritos, en tortilla.

—A mí también.

—Pero aquí hay algo extraño y no me gusta.

—Bueno, para que los champiñones se críen bien, la tierra ha de estar muy abonada biológicamente, quizás sea eso.

—Creo que es algo más, quizás tenga claustrofobia sin saberlo.

—Las mujeres sois más claustrófobas que nosotros. —Se acercó a ella y la cogió de las manos—. Tú me gustas.

La atrajo hacia sí y ella no opuso resistencia.

Guy posó sus labios sobre la boca femenina y la besó con cuidado, largamente. Trabajó la caricia para desvanecer todas las resistencias que ella pudiera oponer.

El joven sabía besar, pero se daba cuenta de que él también quedaba atrapado en aquel beso, que su entorno desaparecía. Para él ya sólo existía aquella mujer. Sus manos estrechaban el cuerpo femenino al tiempo que lo acariciaba con intensidad.

Valeria se sintió sin fuerzas para resistir. El hombre le gustaba.

No sabía si estaba enamorada o no de Guy, casi un desconocido, pero sí se daba cuenta de que como mujer lo aceptaba sin recelos ni resistencias.

Era una situación que antes jamás había vivido y era muy agradable aquel vértigo sensual en el que caía, segura de ser recogida por las manos fuertes del hombre.

Notó que él le desabrochaba unos botones y le bajaba una cremallera. Le gustó sentir en su cuerpo la audacia del hombre pero, de pronto, sus oídos se llenaron de un quejumbroso y ensordecedor pitido de tren salido de una vieja locomotora a vapor.

—!Nooo! —gritó, como si enloqueciera de súbito.

Apartó a Guy bruscamente y salió del túnel. No cesó de correr hasta meterse en el coche.

—¡Espera, no te asustes! —le gritó Guy.

Consiguió llegar al coche cuando éste ya arrancaba y se sentó junto a ella.

—Cálmate, mujer, no pasa nada.

Valeria frenó el coche. Quitó el contacto y sin dejar de agarrar el volante con sus manos, se inclinó sobre él y empezó a sollozar.

—Tranquilízate, no quería molestarte de esta manera, he sido un torpe.

—No, Guy, no eres tú, es el tren. ¿Acaso no lo has oído?

—¿El tren? —Guy miró hacia la entrada de aquel túnel dedicado al cultivo del champiñón—. No he oído nada. ¿A qué te refieres?

# CAPITULO VI

La casa del alcalde era grande y antigua, allí debían haber vivido las generaciones que le habían precedido, pero ya no vivía su hijo ni su nieto.

Al alcalde le agradó la presencia de las muchachas, en especial la de Valeria, y la de su nieto Guy. Los ojos le brillaban. Según su manera de pensar, en sus planes familiares y de sucesión, su hijo le había defraudado, pero le quedaba el nieto y tenía que evitar que abandonara aquel lugar para instalarse en París.

—Muy bien, chicas, aquí comeréis bien, sois mis invitadas. ¿Cómo os trata el canalla de mi nieto?

Valeria forzó una sonrisa.

—Muy bien, ha puesto un coche a nuestra disposición. Ya se lo pagaré si es que no cobra muy caro, todavía no ha querido hablarme del precio.

—He dado orden a la gendarmería de que busquen vuestro coche perdido. Ahora, a sentarse a la mesa.

Al alcalde le gustaba comer con abundancia y por la forma de dar órdenes a la criada para que dispusiera las bandejas en la mesa, debía ser un buen gastrónomo.

—¿Y el abuelo? —preguntó de pronto a una criada.

Las tres jóvenes quedaron sorprendidas. Para ellas, el abuelo era el propio alcalde Bernard, aunque estaba muy bien conservado y fuerte para llamarle abuelo, era un hombre muy vital.

Apareció por una arcada que unía la sala-comedor con el invernáculo.

Un hombre de aspecto inexpresivo, cuyo rostro reflejaba escasa inteligencia, empujaba una silla de ruedas en la que estaba encajado un hombre de avanzada edad.

Se cubría la cabeza con una boina y sus ojos eran tan pequeños que apenas dejaba ver unas manchitas oscuras entre los párpados casi cerrados. La boca entreabierta carecía de labios. Era el abuelo Abelange.

Acomodaron al anciano de forma que presidía la mesa, frente por frente con el propio alcalde.

—Miradle bien, niñas, es la inmortalidad misma, ni él mismo sabe los años que tiene.

Gemme, sorprendida, preguntó:

—¿De veras no sabe los años que tiene?

—No —siguió diciendo el alcalde Bernard—. Le llamamos el Abuelo y siempre se le ha llamado así. En realidad, es mi tío abuelo, el hermano de mi abuelo, y ha pasado de los cien años. Sus papeles de nacimiento no aparecen por ninguna parte, pero él está ahí y no hay quien lo lleve a la tumba. ¿Verdad, Abuelo? —Y se echó a reír.

El anciano, con cierto temblor en manos y brazos, sacó de un bolsillo una figurita que puso delante de su plato, una estatuilla blanca que todos miraron con mucha atención. Valeria la reconoció de inmediato.

—El diablo pensador de Notre-Dame de París.

—Siempre lo lleva consigo —explicó Guy—. Es su amuleto de la buena suerte.

—Esa figurita diabólica debe protegerle de los envenenamientos, por eso la pone siempre delante de su plato. ¿Eh, Abuelo? El diablo te da larga vida, ¿verdad? —El alcalde se echó a reír de nuevo.

El anciano clavó sus ojillos apenas visibles en el alcalde y éste fue cambiando la risa por un gesto de intenso dolor. Se llevó las manos a la boca del estómago.

—¡Por todos los demonios del infierno, no hay quien aguante esto!

—Es la úlcera —explicó Guy en tono bajo.

—Pero, si no ha comido todavía —objetó Valeria.

—He tomado un aperitivo mientras esperaba. No he debido hacerlo, ¿verdad, Abuelo?

El Abuelo parpadeó y cambió la dirección de sus ojos, concentrándolos en un plato de queso de Roquefort.

Como adivinándole el pensamiento, Fabien, el hombre que movía su silla de ruedas y que debía ser su criado personal, se apresuró a tomar una porción de queso y a servírsela. Le escanció vino en la copa y el anciano, sin articular palabra, con un pequeño tenedor, comenzó a comer.

El alcalde semejó recuperarse del súbito e intenso dolor de

duodeno.

—Podemos empezar. El Abuelo ya lo ha hecho
y su diablo preside la mesa.

El ambiente se relajó. El alcalde no hizo más bromas ni sarcasmos con el anciano. Guy estuvo bastante callado y las muchachas, también.

—Aquí vienen los champiñones de la casa — anunció el alcalde.

El plato era faisán guarnecido con gran cantidad de champiñones y no todos guisados igual, sino de hasta seis formas diferentes y colocados en la gran bandeja de manera que no se mezclaran unos con otros.

Guy se levantó de la silla para servir a las muchachas, poniéndoles en sus respectivos platos champiñones en sus diferentes guisados y sabores para que pudieran tomarlos sin mezclar y así paladearlos a la perfección.

El Abuelo Abelange, verdadero patriarca de aquella casa, también probó los champiñones. Ensimismado en su propio mundo, en el mundo de sus recuerdos, no parecía oír nada.

—¿De veras no ha habido nunca un tren por aquí? —preguntó Gemme de improviso.

Todos la miraron, incluido el anciano de la silla de ruedas.

—No, no hay tren por aquí —respondió el alcalde—. Tendréis que proseguir viaje en coche, claro que tú, Valeria, puedes quedarte unos días más aquí.

—Por favor —pidió Guy, percatándose de las intenciones de su abuelo el alcalde.

—Pues, aunque me digan que no hay tren, yo sí creo que lo hay, porque nosotras llegamos en tren. ¿Por qué nos engañan?

—Gemme, por favor —le pidió Valeria.

—Llegamos en tren —repitió—. Yo no me creo esa historia de la alucinación colectiva de que has hablado.

El alcalde suspiró antes de decir en tono de estar de vuelta de muchas cosas:

—No es la primera vez que se habla de un tren que no existe. Hay gente que ha visto un tren donde no los hay, lo leí en una revista y en otra ocasión lo vi en televisión. Al parecer, hay gente muy visionaria. Unos ven un tren viejo que no existe circulando en la noche, otros ven marcianos y otros, a la Virgen María. Mira, niña,

no podéis haber subido a un tren que no existe, porque tú no querrás ir a parar a una loquería, ¿verdad?

Ante aquella amenaza, Gemme palideció y no insistió.

El Abuelo Abelange tomó entre sus manos la ' figurita que representaba al diablo pensador de la catedral de Notre-Dame y a Valeria le pareció que lo encaraba hacia Gemme.

—¿Qué te sucede, Gemme? —preguntó Dunia en tono bajo.

—No sé, me encuentro mal, me siento mareada.

El almuerzo terminó sin alegrías.

El patriarca de los Abelange se retiró con su misteriosa figurita, empujada su silla de ruedas por el cerrado y nada cordial Fabien.

Las tres jóvenes iban a marcharse en el "Citroën", pero el alcalde le dijo a Gemme:

—Quédate en una de las habitaciones hasta que te recuperes, se te habrá indigestado algo.

—Me gustaría tenderme en una cama —dijo Gemme levantándose de la silla con dificultad.

—Venid.

Guy las acompañó hasta un cuarto de huéspedes donde había dos camas individuales.

—Aquí puedes descansar toda la tarde —dijo Guy—. Si quieres, haré que te suban una tisana de hierbas calmantes.

—No, no quiero tomar nada —casi suplicó Gemme.

—Yo también me siento algo pesada. —Dunia señaló la otra cama y dijo—: Me quedaré aquí haciendo compañía a Gemme.

Guy miró a Valeria y le propuso:

—Te mostraré el jardín, es más bonito de lo que puedas suponer.

Gemme no tardó en cerrar los ojos, con una mueca de sensaciones molestas. Dunia se dejó caer en la otra cama y Guy y Valeria salieron de la estancia cerrando la puerta.

La casa era grande, con galerías solarium.

Descendieron por una amplia escalera de piedra que conducía al jardín, un jardín efectivamente grande y bien cuidado.

El estilo era el francés, todo muy geométrico, con paseos entre los setos de plantas que ahora aparecían tristes a causa del tiempo frío.

Setos de oscuros cipreses formaban paredes casi laberínticas. Guy, que debía conocer muy bien aquel lugar por haber pasado allí

su niñez la condujo a una especie de pequeño cercado protegido por cipreses de una altura de unos dos metros y perfectamente recortados.

En el centro de aquella placeta había un pedestal y sobre él, una imagen que Valeria reconoció de inmediato.

—El diablo pensador otra vez...

—Es la figura predilecta del patriarca de los Abelange. Ya lo has visto en la mesa, esa figurita la lleva siempre consigo.

—¿Tu bisabuelo cree en ese diablo?

—Seguro, es su amuleto protector. A veces pienso que vive gracias a esa estatuilla.

Había un banco con respaldo. Guy la cogió de la mano y la condujo hasta él, sentándose ambos.

—Siempre que he visitado la catedral de Notre-Dame, al subir a la terraza, me he fijado en ese diablo pensador, tiene algo especial. El contempla la gran ciudad desde arriba, ve a los hombres y mujeres deambulando como hormigas de un lado a otro, con sus pasiones, sus inquietudes, sus miedos. Siempre había pensado que era una figura de piedra, hermética pero simbólica, nada más que eso; sin embargo, aquí, ahora...

—¿Ves algo más en ese diablo? —preguntó Guy, señalando la figura—. Cuando yo era un niño, me daba miedo, no me atrevía a quedarme solo aquí.

—Siendo reproducciones ambas, ésta y la que tu bisabuelo lleva siempre consigo, la pequeña me preocupa más.

—A mí dejó de preocuparme el día en que decidí encararme con él.

—¿Cómo era antes tu bisabuelo?

—No lo sé, siempre lo he visto en esa silla de ruedas y hablando muy poco. Lo que ha dicho el alcalde acerca de que no se sabe cuántos años tiene, es cierto. Algunos vecinos dicen que nos sobrevivirá a todos.

—Ese anciano es un personaje curioso, pero hay algo en él que no me gusta.

—Eso siempre sucede —admitió Guy—. Es como Eléonore Nasard, hay personas que simpatizan con ella y otras, no.

—El anciano Abelange no la tolera, ¿verdad?

—¿Cómo lo has adivinado?

—No sé, una intuición.

—¿Te dijo algo ella?

—No, que yo recuerde. Yo no conocía la existencia de ese anciano centenario hasta que lo he visto aparecer en el comedor de tu casa.

—Pues sí, madame Nasard no puede ni entrar en esta casa y por lo que yo sé, no puede entrar ella ni pudieron hacerlo sus antepasadas, claro que en esa familia no siempre han sido brujas buenas.

—¿Ha habido brujas malas?

—Dicen que ha habido de todo. La verdad, yo no creo en sucesos que no son demostrables, soy cartesiano y pragmático, pero repito lo que se cuenta.

—Es extraño que alguien que tiene tanta afición al diablo como tu bisabuelo sea antagónico con las llamadas brujas.

—En realidad, el viejo Abelange no simpatiza con nadie. A veces me pregunto cuánta parte de su cerebro funciona todavía.

—¿Ha pasado por algún hospital?

—Que yo sepa, nunca. Lo ves en la silla de ruedas, reseco y comiendo apenas para subsistir pero no enferma nunca, ni siquiera un catarro. Los demás nos resfriamos y él no, aunque esté unas horas aquí y le caiga el relente encima.

—Es un hombre singular.

—El abuelo, me refiero al alcalde, ha hablado en ocasiones de llevarlo a París para que salga por televisión como ejemplo de longevidad en esta comarca, pero el viejo Abelange no se lo permite.

—Quizás estoy hablando demasiado de tu bisabuelo y tú estés preocupado por lo sucedido en el túnel de la champiñonera.

—No, no estoy preocupado. Habéis pasado por una situación desagradable y por lo visto, os ha afectado mucho, pero creo que dentro de poco tiempo lo habréis olvidado todo.

—No será fácil. No te he contado que veníamos de visitar a una amiga que está recluida en una clínica psiquiátrica. Se llama Mary y su situación mental es horrible.

—Entonces, se comprende que aún estuvierais más afectadas.

—Ella está loca porque dice que viene el tren.

—¿El tren?

—Sí. Había salido de viaje sola en su auto. Cuando la encontraron, ya no tenía el coche y vagaba perdida, con el aspecto físico de haberlo pasado mal durante días y días. Su temor era de que llegase el tren. ¿Lo entiendes?

—No, no puedo entenderlo, eso del tren es obsesivo en vosotras.

—Me doy cuenta de que todo es incomprensible, pero hay sucesos sin lógica que están ahí y personas afortunadas o desafortunadas los. viven.

—Habéis sufrido una pesadilla colectiva o algo parecido. Tendrías que visitar a un psiquiatra, aunque no te lo recomiendo, podrías terminar encerrada como esa amiga de la que has hablado.

—Vivo experiencias que no son posibles y lo sé. Hemos llegado a esta ciudad y es como si estuviéramos en otro mundo. Quiero marcharme de aquí y no puedo, me siento atrapada. Mi dinero ha desaparecido de la cuenta inexplicablemente. Estamos sin un franco, sin equipaje y sin el coche. Telefoneo a mi hermana y no la encuentro y cuando es ella quien llama, no me encuentra a mí y dice que volverá a telefonear. No entiendo lo que sucede, todo sale mal, y no puedo contar lo que nos sucede sin que me tomen por loca. Me estoy confesando contigo, estoy desnudando mi alma y te digo que tengo miedo, que me gustaría estar a mil kilómetros de aquí, en París, en la Costa Azul o en cualquier playa española, pero no aquí. El cielo siempre está como nublado, amenazando nieblas bajas o lloviznas, hace frío y no hay mucha luz. Estoy sentada en un parque romántico, sí, pero frente a la estatua de un diablo.

—He hecho mal trayéndote aquí, estás muy nerviosa y esa figura del diablo te irrita más aún.

Guy se levantó y la tomó de la mano para sacarla de aquel cercado de cipreses que tenía en su centro la reproducción del diablo pensador de Notre-Dame.

# CAPITULO VII

El día fue corto, como correspondía al tiempo invernal que vivían, un invierno que todavía no era riguroso, pero de madrugada se hacía notar el frío.

Dunia dormía tranquilamente en una de las dos camas, pero la otra estaba vacía, Gemme no se encontraba allí.

Valeria miró a Guy interrogante. Este se encogió de hombros y dijo:

—Habrá ido al lavabo.

Esperaron, pero Gemme no reaparecía. Guy pidió a la muchacha:

—Acompáñame al lavabo y veremos.

Gemme no estaba en el amplio aseo en el que tampoco había huellas de que hubiera pasado.

—Es muy raro, ¿no? —dijo Valeria.

—El alcalde no está, se ha marchado, preguntaré al servicio.

Las preguntas que Guy hizo a la servidumbre sirvieron de muy poco. Una de las criadas dijo:

—La he visto salir por la puerta grande, se ha ido.

—¿Sola?

—Sí, iba sola.

—¿Adónde? —preguntó Valeria angustiada, una angustia que ya había enraizado dentro de ella.

—No lo sé —dijo la criada.

En la galería-solarium, encarada al sol cuan do lo hubiera y dominando la entrada grande, es taba el patriarca Abelange, encajado en su silla de ruedas y tras él, su fiel criado Fabien.

—Quizás ha despertado y ha vuelto a la posada esperando encontrarte allí —aventuró Guy.

—Es posible —admitió Valeria—. ¿Puedo telefonear? —preguntó, mirando hacia el viejo Abelange que empezaba a parecerle más y más siniestro.

Guy la condujo a un teléfono y desde allí llamaron a madame

Secousse.

—Pues no, Valeria, no está aquí ninguna de tus amigas.

Colgó el auricular, muy nerviosa.

—¿Dónde puede haber ido?

—Yo no lo sé —dijo Guy—, pero tú no eres su madre ni su tutora, ella es igual que tú.

—Sí, pero tenía que haberse quedado aquí, se encontraba mal.

—Recuerdo que ha dicho que estaba mareada. Habrá ido a pasear para despejarse.

—Despertaré a Dunia y saldremos a buscarla.

Dunia estaba más dormida de lo que cabía desear. Valeria la zarandeó para despertarla y ,después de mucho moverla, consiguió que Dunia le dijera:

—Déjame dormir, tengo mucho sueño.

—¿Qué significa esto, Guy? —interrogó severa, casi acusadora.

—No te entiendo. Si tiene sueño, déjala que duerma, esta casa es grande y nadie va a molestarla, está en la habitación de los huéspedes.

—¿Estás sugiriendo que la deje dormir aquí toda la noche?

—¿Y por qué no?

—¿Y yo?

—Puedes dormir aquí o en el hotelito de madame Scousse.

Valeria se sentía como aturdida, era incapaz de tomar decisiones. Dunia prefería seguir durmiendo allí y Gemme, había desaparecido.

—Iré a la posada. Gracias por el almuerzo y la compañía; me doy cuenta de que tratas de comprenderme a mí y a la situación que estamos viviendo y sé que es difícil, porque ni yo misma la comprendo.

—Te llevaré.

—No, iré sola. Cuando mi hermana me envíe el dinero te pagaré el coche.

—No hay cuidado, como si quieres llevártela

—No, Guy.

Le dio un beso cariñoso, cogiéndole el rostro con ambas manos.

—Sé que el coche no es tuyo y el vendedor ha de cobrarlo. Tú eres mi fiador y te lo agradezco.

Se marchó sola en el GS. Había oscurecido ya. Los faros se

abrieron paso, aunque las calles de la pequeña población estaban iluminadas.

Aquella noche parecía que iba a hacer más frío que la anterior. Seguían sin verse las estrellas a causa de la fuerte nubosidad.

Se detuvo frente a la posada. Madame Secousse la recibió con una sonrisa.

—¿Cómo os ha tratado el alcalde?

—Muy bien.

—¿Y el viejo Abelange?

—Ha estado muy callado.

—El siempre está callado.

—¿En todo este tiempo no ha llamado ni ha aparecido por aquí Gemme, mi amiga la morena?

—No, no ha venido nadie. Lo que me parece es que el alcalde quiere que tú te cases con su nieto.

—Por favor...

—Te advierto que tiene mucho dinero, tierras y la champiñonera.

No tenía deseos de seguir hablando con madame Secousse, una mujer que hacía demasiadas observaciones y preguntas y con la que, por otra parte, se sentía en falta porque no podían pangarle la estancia en su pensión.

—Iré con el coche a ver si encuentro a Gemme.

Se introdujo de nuevo en el coche cuando estaba deseando entrar en la casa, ponerse delante de la chimenea y tomar algo caliente. El frío se agudizaba y la noche era hostil, pero tenía que encontrar a Gemme.

El pueblo semejaba vacío, nadie deambulaba por sus calles, aunque sí había luz en las casas.

Valeria avanzó por las estrechas calles mirando en todas direcciones buscando a su amiga, pero ésta no aparecía. Comenzaba a sentirse fracasada en su intento cuando recordó a Eléonore Nasard.

"Quizás haya ido a su casa", pensó.

Rodó por las calles del pueblo hasta encontrar el camino que conducía a la casa de la supuesta bruja que, como correspondía, vivía algo apartada de los demás habitantes de la población, aunque no demasiado.

Llegaba a la casa de madame Nasard cuando comenzaron a caer diminutos copos de nieve que se iban pegando al cristal parabrisas.

—Sólo faltaba que nevara —se dijo, más molesta aún.

Detuvo el coche frente a la puerta que iluminó de lleno con los faros.

Hizo sonar la campanilla y no tardó en aparecer Eléonore, como si hubiera observado su llegada.

—Pasa, Valeria, pasa. Hace mucho frío.

Entró en la casa, dejando afuera el coche con los faros encendidos.

Madame Nasard le pareció más alta, más delgada, menos sonriente. Iba cubierta con una bata larga color púrpura oscuro con un bordado en plata de hojas de plantas aromáticas. Toda la casa olía a incienso quemado. Había poca luz y la chimenea estaba encendida.

Sobre la repisa había un tronco y encima de éste, bien sujeto con sus garras, un buho duque de gran tamaño, con los ojos muy abiertos. Valeria lo miró y no estuvo segura de si era un ave disecada o viva.

—Muchacha, no te esperaba. ¿Sucede algo?

—Sólo he venido a preguntarle si ha venido por aquí mi amiga Gemme.

—¿Gemme, la del cabello negro con rizos?

—Sí, ella.

—No, y a la pelirroja tampoco la he visto.

—La he dejado durmiendo en casa del alcalde.

—¿En casa del alcalde? —repitió, frunciendo el ceño.

En aquella mujer, que rondaría los cincuenta años, destacaban los ojos muy pintados, con sombreados de tomos lilas en todo el párpado y daba una sensación extraña, irreal, era como si Valeria la hubiera interrumpido en algún ritual de magia y brujería.

—Sé que usted no simpatiza con el alcalde y su familia.

—Con el joven Guy, sí.

—Es el anciano Abelange quien más le preocupa, ¿verdad?

—Bueno, es un anciano centenario que no habla con nadie. A veces me pregunto si su cerebro coordina bien o es una especie de vegetal con cierta capacidad de movimientos.

—Por lo que he visto yo en el almuerzo, me temo que es mucho

más.

—Como puedes ver, tu amiga no está aquí. '¿Se ha perdido?

—Se ha marchado sola esta tarde de la casa del alcalde y ya no se la ha visto más. He salido a buscarla porque no ha regresado a la posada.

—¿Sois muy amigas? —le preguntó, mirándola fijamente a los ojos.

—Sí, claro.

—Entonces, podemos buscarla desde aquí.

—¿Desde aquí, llamando por teléfono a la gendarmería?

—Hay otras formas menos ortodoxas.

Le tendió sus manos con las palmas hacia arriba para que Valeria depositara las suyas sobre ellas.

—¿Me tienes miedo?

—¿Por qué habría de tenérselo?

—Porque pueden haberte contado cosas sobre mí, porque vivo algo apartada de los demás vecinos, no sé.

—Dicen de usted que es una bruja buena.

Eléonore sonrió levemente. Seguía con sus manos tendidas con las palmas hacia arriba, esperando las manos de la joven.

—¿Cómo puede encontrar a Gemme desde aquí?

—No digo que pueda encontrarla, sólo que lo intentaremos. Quiero ayudarte.

Con cierta timidez, Valeria puso sus manos sobre las de Eléonore.

Las manos de aquella mujer eran grandes y algo nudosas en las junturas de sus dedos. Eran manos fuertes, algo frías pese a que habían estado delante de la chimenea, pero al mismo tiempo eran manos que transmitían energía, una energía que se notaba, que recorrió los brazos de Valeria en busca de su corazón, de sus vísceras.

Eléonore la condujo hasta una pared cubierta por una espesa cortina que llegaba desde el techo al suelo. Descorrió la cortina, dejando al descubierto una pequeña estancia o hueco en el que cabía una mesa camilla cubierta con un tapete rojo.

Sobre ella, una bola de cristal roja y frente a frente, dos sillas con la mesa de por medio. Las paredes estaban tapizadas con una especie de terciopelo negro.

—Siéntate.

La joven se sentó frente a la bola de cristal roja y se estremeció al ver acercarse una sombra silenciosa que pasó por encima de sus cabezas.

—Tranquila, es el duque —le dijo Eléonore.

El gran búho había pasado por encima de ambas para situarse en un tronquito adosado a la pared, saliendo del terciopelo.

Quedó allí con los ojos muy abiertos.

Valeria apartó sus manos de la mesa y se encaró con Eléonore. Haciendo un esfuerzo de voluntad, preguntó:

—Nos hipnotizó, usted después de la cena, ¿verdad?

La maga volvió a sonreír con su halo de misterio.

—¿Qué es lo que recuerdas?

—Poca cosa. Madame Secousse insiste en que bebimos demasiado, pero yo creo que fue otra cosa. Recuerdo fuego, recuerdo algo extraño y espectral, luego, nada, pero seguro que terminaré por recordarlo todo.

—Tú tienes una mente más fuerte que tus compañeras, es posible que recuerdes, pero no temas, no sucedió nada malo, yo trataba de ayudaros.

—¿En qué?

—Vosotras hablabais de un tren.

—Sí, eso puede ser cierto.

—No sois las únicas que habéis visto ese tren.

—Habla de él como si supiera que existe.

—Sólo personas muy sensibles y en determinadas circunstancias y por la noche lo han visto.

—¿Conoce a alguna otra persona que haya visto ese tren?

—Conocí a dos, pero...

—¿No quieren hablar de ello?

—No pueden, se suicidaron y ahora yacen en el cementerio municipal, aunque es posible que lo hayan visto otras gentes.

—Hay otra chica que también lo vio y está en el manicomio.

—Lo creo. Ese tren es muy viejo y está lleno de cadáveres, ¿verdad?

—Sí. Parece que es usted la única persona que acepta su existencia.

—Yo he visto muchas cosas y también conozco otras por el

legado que me han dejado mis antepasadas.

—En este pueblo, ¿alguien más sabe cosas sobre ese tren fantasma?

—Quizás. Tienes que creerme cuando te digo que deseo encontrar la verdad sobre ese tren fantasma que tú has visto.

—Y que he tocado, he subido a él.

—Creo que ese tren fantasma reaparecerá, tiene que reaparecer mientras no se descubra el por qué; pero, no nos precipitemos. Tú has venido a mi casa buscando a tu amiga Gemme. ¿No es eso?

—Sí, la busco a ella.

—Todos sabemos más de lo que creemos, de lo que pensamos conscientemente, pero nos falta un vehículo de expresión de nuestro subconsciente. —Hizo que su voz sonara más grave bajo la atenta mirada del gran búho—. Pon las manos sobre la bola de cristal y acaríciala como si fuera algo precioso. Hazle sentir la suavidad de las yemas de tus diez dedos.

Con algo de temor, Valeria puso sus manos sobre la bola de cristal roja y comenzó a acariciarla.

—¿Así?

—Sí, así, sigue. Transmítele la energía que sale de ti a través de tus dedos.

Valeria hizo lo que le indicaban y estuvo acariciando la bola hasta que ésta dejó de ser fría. La joven se sentía condicionada por el ambiente. Aquella maga no era una maga de las tantas y tantas que se podían encontrar en París, dispuestas a embaucar a los ingenuos y a los débiles de carácter.

Eléonore Nasard era algo más.

Parecía atesorar todos los poderes heredados de sus antepasadas que también habían vivido en aquella casa levantada sobre un lugar mágico, donde las fuerzas telúricas coincidían provocando fenómenos insospechados.

Era como si bajo el suelo de aquella casa existiera una gran célula de la que partían ramificaciones en todas direcciones, captando lo que ocurría lejos de allí.

—Ahora, pon de nuevo tus manos sobre las mías y no apartes tus ojos de la bola de cristal.

—No me gustaría que volviera a hipnotizarme.

—Relájate y no temas.

—Nunca he podido creer en esas bolas de cristal —dijo, deseando ser sincera hasta el fin.

—La bola de cristal ha de ser perfecta, pero el secreto de su magia no está en la bola, sino en nosotras. La bola sólo es una pantalla de lo que tu mente o la mía puedan reflejar.

La luz seguía siendo escasa y había como un cierto halo mágico, Valeria no sabía si bueno o malo, pero ella estaba impresionada.

—Piensa en Gemme, llámala desde tu mente —le pidió Eléonore con voz cadenciosa.

Gemme entró en aquel ritual de búsqueda. Valeria la llamó mentalmente hasta que creyó que sus labios pronunciaban el nombre de la amiga desaparecida.

Fueron pasando segundos, minutos... Valeria perdió la noción del tiempo. Buscaba en la rojez de la bola de cristal algo que pudiera dar— le esperanzas.

—Ahora empieza a verse algo —dijo Eléonore en voz baja, como temiendo que pudiera perderse la imagen aún turbia que comenzaba a formarse dentro de la bola de cristal.

—El pensador de Notre-Dame —dijo Valeria entre dientes.

—Sí, es el diablo alado que medita.

—No es posible que aparezca otra vez ese maldito diablo.

—El diablo nada puede si no encuentra en quien apoyarse.

—El anciano Abelange adora a ese diablo.

—Lo sé.

Tras una larga pausa, el diablo se fue difuminando hasta desaparecer. La bola roja fue tomando un color más oscuro y dentro de esa rojez fue apareciendo un rostro.

—¡Es Gemme, es Gemme! —exclamó Valeria excitada.

Eléonore notó el temblor de la agitación en las manos de la muchacha.

—Hay unas fuerzas contrarias que no la dejan ver con claridad —dijo la maga—. La noto perdida.

—¿Dónde, dónde?

—No lo sé, sólo la oscuridad la rodea.

—Por favor, Eléonore, ¿esto es cierto o sólo una ilusión? ¡Dígame la verdad!

La maga soltó las manos de la joven y con las suyas propias trató de tapar la visión que ofrecía la bola roja de cristal.

—Creo que será mejor que olvides a Gemme.

—¿Que la olvide? ¿Por qué, por qué?

Le apartó las manos con brusquedad para poder ver ella también, pero la esquiva bola de cristal ya nada ofrecía a la vista.

—Hazme caso, olvídala, el diablo es ahora su amo. Es todo lo que puedo decirte.

—¡Usted es una bruja, una bruja!

—He tratado de ayudarte y he llegado lo más lejos que se ha podido.

Dándose cuenta de que no podría vencer a aquella mujer, Valeria corrió hacia la salida y abandonó la casa dando un portazo.

Afuera, seguía nevando.

# CAPITULO VIII

—No, no ha llegado —le dijo madame Secousse—. ¿Preparo la cena?

—No, todavía no.

Valeria regresó al coche. Seguía nevando, una nevada fina pero molesta. La nieve aún no cuajaba, pero no tardarla en hacerlo sobre la tierra. El ambiente estaba suficientemente frío para que todo quedara cubierto por el manto blanco del invierno.

*Arrancó* de nuevo y los limpiaprabrisas barrieron los pequeños copos para conservar la transparencia del cristal.

Aquella iba a ser otra noche desagradable. Ya no podía tratarse de alucinaciones, a menos que todos en aquel pueblo estuvieran complicados en algo siniestro que ocultaban celosamente.

Recorrió una vez más el pequeño pueblo, barriendo las calles con los faros en busca de Gemme.

Arribó frente a la casa del alcalde, residencia también del anciano Abelange.

La verja estaba cerrada y los haces de luz se filtraron entre los barrotes mientras dos perros doberman ladraban furiosos, medio cegados por los faros del auto.

Estuvo unos segundos detenida, decidiendo sobre lo que debía hacer.

Se sentía muy sola y decidió que Dunia debía acompañarla;

entre las dos encontrarían a Gemme.

Hizo sonar el claxon varias veces para llamar la atención de los habitantes de la gran casa hasta que, protegido con un chubasquero, apareció un hombre que se acercó a la verja. Los perros siguieron ladrando a su lado. Valeria se apeó del coche y se acercó a la puerta.

—Ah, eres tú, muchacha. ¿Te has descuidado algo?

—Vengo a buscar a mi amiga Dunia que se ha quedado durmiendo.

—Ah, pues me han dicho que ya se ha marchado, pero si quieres refugiarte aquí y que llame a Guy...

—Gracias, ya llamaré yo a Guy. Lo extraño es que mis amigas no hayan llegado a la pensión.

—Se habrán entretenido en alguna parte.

—¿No podría buscarlas la policía?

—¿La policía? —repitió el alcalde, muy extrañado—. Vamos, vamos, no dramatices. Es una noche muy mala para andar por ahí, seguro que llegarán a la pensión de un momento a otro.

—¿Y Guy?

—Guy suele pasar muchas noches en la gasolinera, dice que allí nadie le molesta para estudiar. Ese chico se ha encabezonado en sacar la carrera, cuando mejor haría quedándose aquí. Un día u otro, será el amo de todo.

Valeria se despidió, no simpatizaba con el alcalde, aunque mucho menos con el viejo Abelange.

De nuevo se puso en marcha, alejándose de los ladridos de los doberman. Se dirigió a la gasolinera observando que el medidor de la gasolina advertía que entraba en la reserva.

No había un alma en la calle, no comprendía como Dunia y Gemme podían estar perdidas.

Algo le decía que Gemme lo estaba pasando muy mal.

Cuando la tierra blanqueaba ya en muchos lugares, llegó a la gasolinera que estaba a oscuras y solitaria.

Introdujo el coche bajo la protección del voladizo acanalado que la protegería de la nieve.

En el despacho de la gasolinera no había nadie. Había abrigado la esperanza de encontrar a Guy. No podía regresar a la pensión de madame Secousse y esperar allí a que sus amigas regresaran.

Observó que en el surtidor de la gasolina colgaba un rótulo que decía:

"SIRVASE USTED MISMO,

DEJE EL DINERO EN LA CAJA."

Por aquellos parajes no debía haber el problema de los robos.

Se apeó del coche. Quitó el tapón del tanque y puso en marcha el surtidor, llenando el depósito hasta rebosar. Buscó luego un bolígrafo y papel y escribió una nota:

"Ya te pagaré. Estoy buscando a Gemme y a Dunia.

Valeria."

Iba a encerrarse de nuevo en el coche, sin saber todavía hacia dónde dirigirse para seguir buscando, cuando oyó el timbre del teléfono sonando dentro del despacho de la gasolinera.

Quedó dubitativa. Luego, se encogió de hombros y se dispuso a entrar de nuevo en el "Citroën", pero el teléfono seguía sonando insistente, era como una llamada de angustia y así la sintió Valeria que decidió acercarse a ver qué podía hacer.

Ocho, nueve, diez timbrazos largos y persistentes que no cesaban. Quien estuviera llamando no parecía dispuesto a colgar.

Puso su mano sobre el pomo de la puerta, suponiendo que estaría cerrada y se libraría de descolgar el insistente teléfono.

Se equivocó, pues la puerta cedió con facilidad. Apenas había luz allí dentro. Afuera seguía nevando y el coche quedaba protegido por el amplio voladizo. El sonido del teléfono se hacía casi obsesivo. Lo tomó en su mano. Era un teléfono antiguo, negro y pesado. Lo acercó a su oído y antes de que despegara los labios... —¡Valeria, Valeria!

—¡Dunia! —exclamó, al reconocer la voz.

—¡Sube al coche y márchate, márchate lejos! La voz le llegaba angustiada pero lejana, apenas audible.

—¡Dunia! ¿Dónde estás?

—Olvídame, ya no estoy. Márchate, te lo suplico, te lo suplico.

—¿Desde dónde llamas?

—De ninguna parte.

¡No es posible, Dunia! ¡Dime dónde estás!

—Por favor, hazme caso y márchate, márchate...

La voz se fue apagando hasta perderse. Luego sonó el significativo pitido indicando que nadie estaba al otro lado de la

línea.

Valeria golpeó repetidamente el aparato como tratando de recobrar la comunicación. Era una acción más instintiva que racional.

—¡Dunia, Dunia!

Tenía deseos de llorar, impotente para resolver aquella situación.

Abandonó el pequeño despacho como trastornada. Se había dado perfecta cuenta de que al descolgar el teléfono, Dunia la había identificado. ¿Cómo podía saber Dunia que ella estaría en aquel lugar y que sería ella y no otra persona quien descolgaría el teléfono?

Los misterios se sucedían uno tras otro y se había quedado sola, Dunia y Gemme habían desaparecido.

Se introdujo en el coche y cerró la portezuela, refugiándose en él como una burbuja indestructible.

El vehículo conservaba algo de calor y tendría más cuando pusiera el motor en marcha.

Ante ella estaba la carretera, la cinta de asfalto que la llevaría lejos de aquel lugar tal como le pidiera Dunia, pero aquella fuga, dejando atrás a sus amigas, sería la gran traición. No podía olvidarlas abandonándolas a su suerte, pero ¿hacia dónde dirigirse?

De noche y nevando, ellas no podían haber ido en busca de los equipajes; no le quedaba más remedio que enlazar una serie de símbolos.

—El diablo de Notre-Dame... El viejo Abelange y su afición a ese diablo... ¿Qué tendrá que ver Gemme con el viejo Abelange? Gemme estaba en medio de la oscuridad. ¿Y dónde hay oscuridad? Una noche sin luna, un sótano, un túnel, el tren...

De pronto, comenzó a recordar lo ocurrido después de la cena en la casa de Eléonore.

—Dios mío, me volveré loca... Madame Secousse, una médium tirada por el suelo vomitando a un ser espectral sin cabeza. ¿Quién era aquel ser? Dunia y Gemme gritaban y yo también. El revisor, el revisor no tenía cabeza, pero nosotras lo vimos con cabeza en el tren... Ese tren que se alejó y desapareció en la oscuridad del túnel... El túnel, el túnel... —repitió obsesivamente. Luego, exclamó—: ¡La champiñonera de los Abelange!

Fue como un doloroso golpe en su cabeza, como la cegadora luz de un rayo.

Puso el motor en marcha y hundió el acelerador haciendo que el coche casi brincara a la búsqueda de los caminos forestales que se habían cubierto de nieve.

# CAPITULO IX

Avanzó por el bosque, siguiendo el camino que conducía a la champiñonera gracias a los haces de luz de los faros.

En aquel entramado de caminos que había en los montes y prados próximos a la población habría sido fácil equivocarse y más en una noche como aquella, una noche sin luna ni estrellas, una noche en la que nevaba suavemente, lo cual dificultaba la visibilidad, pero Valeria no se perdió.

No le sorprendió ver abierta la puerta de la champiñonera. Dentro podía haber empleados de los Abelange removiendo los cultivos o seleccionando los champiñones más grandes para llevárselos, pero no, las luces estaban apagadas y el interior del túnel en que se ubicaba aquella plantación de hongos comestible aparecía oscura como el interior de una sima impenetrable.

Se introdujo por el túnel cruzando la puerta con el "Citroën" GS. Los faros iluminaron las estanterías llenas de hongos blancos que nacían entre el estiércol negro y húmedo. Millares y millares de hongos fotófobos, hongos que no crecerían a la luz del día con el esplendor que lo hacían allí en la oscuridad y a una temperatura constante en las entrañas de la montaña.

El espacio o carril que quedaba entre las estanterías situadas a un lado y a otro del túnel era justo pero suficiente para pasar el coche y también pasarían por allí los todo-terreno en circunstancias se suponía que especiales para que el desagradable olor del gasóleo no impregnara los champiñones.

Las estanterías parecían cerrarse al final, se juntaban como si fueran líneas convergentes y no paralelas, pero sólo era una ilusión óptica, porque el coche seguía avanzando entre las estanterías sin que éstas le obstaculizaran, estanterías con bandejas que llegaban hasta el techo del túnel, separadas convenientemente unas de otras para que pudieran manipularse semilleros o la recolección cuando ya estaban listos.

De pronto, las estanterías se terminaron y el túnel semejó ensancharse por no haber estanterías ni a derecha ni a izquierda.

Las paredes y bóveda de aquel túnel seguían prolongándose a través de la montaña.

Algunas vigas estaban colocadas de forma que sujetaban salientes rocosos para impedir desmoronamientos. Tal como le había dicho Guy, hacía falta una inversión para asegurar el túnel contra los derrumbes.

A Valeria le parecía que estaba circulando por las entrañas de la tierra a la búsqueda del infierno. De cuando en cuando, oía golpazos en los bajos del coche, producidos por el choque de piedras desprendidas.

De pronto, descubrió un vehículo todo-terreno, caro y poderoso. Se hallaba estacionado ante la pared llena de rocas que cegaba el túnel. Aquél era el final del recorrido, pero alguien había llegado antes que ella.

Detuvo el coche. No apagó los faros que le servían para iluminar al otro vehículo y las rocas que ponían fin a la prolongación del túnel.

Dentro no había nadie, pero el vehículo todo terreno significaba que alguien andaba cerca. Valeria estaba dispuesta a seguir adelante. Había amordazado su terror para buscar a sus amigas.

El silencio habría sido absoluto de no ser por las gotas de agua que se filtraban a través de la tierra y las grietas de las rocas y que por la fuerza de la gravedad caían al suelo del túnel. Allí, el agua volvía a filtrarse en busca de otros caminos ramificados por el interior de la montaña.

Cogió su linterna de la guantera y se apeó del coche dejando que los faros iluminaran el todo-terreno y la pared rocosa que era el final del túnel.

Los pasos de la joven hallaban eco en la soledad húmeda del interior de la montaña.

Puso la mano sobre la tapa del motor del todo-terreno que era blanco, con unas franjas rojas, y lo notó caliente.

—Ha llegado hace muy poco. ¿Dónde estarán?

Rodeó el vehículo como esperando descubrir a alguien agazapado. Ya no sentía miedo. Se había envalentonado, dispuesta a llegar hasta el mismísimo infierno si era necesario con tal de encontrar a Gemme y a Dunia.

El final del túnel estaba lejos de ser una pared lisa, más bien era

una montaña de rocas y tierra que llegaba hasta el techo, cegándolo.

De pronto, muy cerca de la pared que tenía a su izquierda y a una altura de casi los dos metros del suelo, Valeria descubrió un hueco que debía haber quedado al descubierto tras mover unas rocas y unas maderas que allí había. Aquel hueco le indicaba que podía seguir al otro lado.

"Si están, se habrán metido por ese agujero" se dijo.

Comenzó a subir entre las rocas y observó que había trazado un esbozo de camino por el que no le costó llegar al agujero. Linterna en mano, se introdujo por él y avanzó por una pequeña galería, temiendo que las rocas pudieran caerle encima, sepultándola para siempre.

Aquella galería, cuya longitud no era superior a tres o cuatro pasos normales y que por su altura la obligaba a caminar levemente encorvada, tenía una pendiente descendente hacia el lado contrario de la pared por la que ella había entrado.

Prolongó el haz de luz hacia el suelo y descubrió algo que la sobresaltó pese a que esperaba encontrarlo.

—¡Las vías del tren!

No cabía duda, aquél era el tren que había visto en la noche junto con sus amigas, el tren al que habían subido, un tren muy viejo.

Se quedó quieta, centrada en la vía entre los dos raíles de hierro. Si el tren era el mismo, era un tren macabro, mejor no inspeccionarlo.

Respiró profundamente y al fin se decidió a avanzar iluminándose con la linterna. Llegó junto al tren y lo tocó con sus manos para asegurarse de que no era una ilusión, una pesadilla más.

Hubiera podido subir a la plataforma del vagón de cola, pero decidió seguir avanzando junto a él. Llegó a las siguientes plataformas que se hallaban en la unión del vagón de cola y el que le precedía. Allí había luz, una luz pobre que salía por las ventanas del segundo vagón.

—Dios mío... ¿Estarán aquí? —se preguntó, conteniendo el aliento.

# CAPITULO X

Acababa de subir a la plataforma del segundo vagón. Estaba venciendo el miedo, más que eso, al terror mismo. Recordaba lo sucedido la noche en que había subido a aquel tren o había creído subir a él.

Abrió la puerta que chirrió, abriéndose con cierta resistencia.

En el interior del vagón había dos lámparas de aceite con tulipas sucias de humo que daban una iluminación muy pobre. Bancos de lamas de madera muy sencillos y antiguos; todo allí era viejo, aquel tren debía tener cerca del siglo.

Avanzó entre los bancos vacíos hasta que un grito de espanto brotó de su garganta. La linterna casi escapó de su mano y tuvo que sujetarse al respaldo de uno de los bancos para no caer, aturdida por la espantosa sorpresa.

Dunia y Gemme estaban allí en sendos bancos, frente a frente, medio caídas.

Las dos amigas estaban con los ojos abiertos, ojos vidriosos, ojos de cadáver que miraban a la eternidad.

Sus cuerpos estaban cubiertos de sangre y había sangre por todas partes. Ambas tenían tajos en el cuello. Habían sido brutalmente degolladas y allí, en el suelo, también manchados de sangre, estaban los equipajes que tanto habían buscado.

—Dunia, Gemme —gimió—. Dios mío, qué horror...

No podía comprender cómo habían llegado hasta aquel lugar para luego ser asesinadas, degolladas como animales, para dejar sus cadáveres junto a los equipajes en aquel tren sin procedencia ni destino, un tren encerrado en las entrañas de la montaña.

Ya nada podía hacer por ellas. Sus bocas abiertas, sus ojos que no veían, sus corazones sin pálpito, le advertían que había llegado demasiado tarde. Ellas habían encontrado antes el tren y se habían quedado allí para siempre, formando parte del macabro cargamento.

No se había recuperado aún de la terrible sorpresa cuando se abrió violentamente la puerta que conducía al vagón siguiente.

En el estrecho umbral apareció una figura humana vestida con

uniforme, pero le faltaba la cabeza.

—¡Dios mío, el revisor! —exclamó, dando un paso atrás.

La noche que habían visto el tren, el revisor tenía cabeza, pero en la desagradable sesión conque las obsequiara Eléonore Nasard, el revisor en forma de ectoplasma que había surgido de la boca y las fosas nasales de madame Secousse carecía de cabeza. Aquello había sido un aviso de lo que iba a encontrar.

La macabra figura apenas avanzó un paso y cayó de bruces.

Valeria lanzó un agudo chillido, aquello ya era más de lo que podía soportar. Ella sola se había introducido en una dimensión tétrica y desconocida, lejos del resto del mundo.

Cuando ya estaba dispuesta a huir corriendo por la puerta opuesta, oyó una risita que llegaba desde la plataforma.

Sus ojos dejaron de ver los restos sin cabeza del revisor para mirar hacia la oscuridad por donde apareció un hombre sosteniéndose en muletas de madera que le ayudaban a avanzar.

—El viejo Abelange...

Los ojillos casi diminutos la miraban con terrible fijeza.

—Muchacha, has hecho mal en seguir buscando —le dijo con voz lenta y profunda—. La culpa la tiene la bruja Eléonore que siempre ha querido descubrirme. A esa maldita bruja, algún día conseguiré aplastarla y quemar sus restos.

—Usted, usted no ha podido hacer todo esto —tartamudeó Valeria, incrédula, rompiéndosele la voz.

—He hecho esto y haré mucho más. El diablo está conmigo y yo estoy con él.

—No es posible, yo no creo en el diablo.

—Pues haces mal, muchacha.

Sin soltar las muletas, apoyándose contra una de las jambas de la puerta, sacó de su bolsillo la figurita blanca del diablo.

—Juré fidelidad al diablo y él me exigió incondicionalidad. Tuve que ofrecerle una muestra de lo que podía hacer.

—Este tren, ¿lo enterró usted en la montaña?

—Así fue, el día de su primer viaje. Era una prueba, una demostración de un tramo corto, alguien, hace casi cien años, quería traer la civilización y el progreso a mis tierras, a las tierras de los Abelange. Yo puse la dinamita y provoqué dos derrumbes que encerraron al tren dentro de la montaña. Pasó el tiempo, llegaron

las grandes guerras y el hecho fue olvidado, las vías arrancadas y vendidas como hierro, las huellas sepultadas bajo la tierra.

—Y el túnel convertido en champiñonera de los Abelange.

—Sí, pero algo no ha ido bien. Los espíritus de los viajeros que quedaron aquí encerrados, de cuando en cuando ponen su tren en marcha y recorren los montes en la noche buscando contar a almas sensibles cuál fue su tragedia.

—Pero, el tren no sale de aquí…

—No, no sale, sale el espectro del tren y las jóvenes estúpidas como vosotras, al verlo, creéis que es sólido, que podéis subir a él. Creísteis viajar en el tren espectral, pero no os movisteis del sitio y allí quedaron tirados vuestros equipajes que nosotros hemos traído aquí. No puedo impedir que el espectro del tren con sus pasajeros ya cadáveres viajen buscando a alguien a quien contar la tragedia, pero sí impediré que jamás salgan a la luz, porque mientras sigan aquí sepultados, yo viviré. En esta figura tengo la calavera de ese empleado del tren que nunca podrá descansar en la eternidad.

—¿La cabeza? —repitió Valeria.

El viejo centenario se rió de nuevo, se complacía aterrorizando a la muchacha.

—Yo calciné su calavera y luego la trituré hasta convertirla en polvo. La amasé con cola de huesos y con esa pasta modelé la figura de mi protector.

—¡Es usted repugnante y además está loco!

—¿Loco? —Volvió a reír, sarcástico—. Lo único malo en mi inmortalidad es que en la explosión me quedé sin poder caminar para siempre.

—Lo denunciaré y por lo menos lo encerrarán en un manicomio por lo que hizo y por lo que sigue haciendo.

—Tú no podrás denunciarme, muchacha. El alcalde decía que tú ibas a ser la madre de los futuros Abelange, pero has ido demasiado lejos llegando hasta aquí. Te quedarás aquí con tus amigas, viajando en este tren para toda la eternidad.

—¡No!

Intentó huir por la puerta opuesta, pero por ella apareció el criado Fabien que la sujetó por un brazo y la cabeza.

—Acércala a las otras —ordenó el viejo mientras del interior de su abrigo sacaba un largo y afilado cuchillo.

El ruido de las muletas indicaba el avance de aquel asesino que se sentía protegido por el diablo.

—No temas, muchacha, no sufrirás demasiado.

Por detrás de Fabien apareció Guy que se abalanzó sobre el criado propinándole un durísimo puñetazo en la oreja que lo aturdió y le hizo soltar a Valeria cuando ya el cuchillo del diabólico anciano se acercaba a su cuello.

Valeria cogió la mano armada con el cuchillo y la hizo girar con cierta facilidad, empujando el arma que se clavó en el cuerpo del viejo que abrió desmesuradamente la boca y los ojos mientras lanzaba un grito.

La figurita del diablo cayó delante del esqueleto decapitado del revisor. Guy la aplastó con el tacón de su pie izquierdo, triturándola, y entonces tomó la forma de una calavera, calavera que recuperaba el esqueleto del revisor.

Al ver herido de muerte al anciano, Fabien escapó corriendo. Guy, preocupado por la joven, le dejó escapar.

—¿Cómo te encuentras?

—Guy, qué horror he pasado y mis pobres amigas... —Se echó a llorar desconsoladamente.

—Eléonore me ha llamado por teléfono y me ha contado lo que había averiguado. Ella estaba segura de que tú vendrías aquí. He llegado a la gasolinera, he visto tu nota y he seguido las rodadas de tu coche en la nieve.

—Has llegado a tiempo para mí, pero ¿y mis amigas?

Les llegó un ruido ensordecedor y todo semejó temblar. Guy la sujetó con fuerza y dijo:

—Un derrumbe. Corramos, esta zona es muy insegura.

Saltaron del tren cuando el túnel se llenaba de polvo que les impedía respirar. Ambos llevaban linternas.

Pasaron junto al último vagón y se dirigieron hacia la salida. Los haces de luz iluminaron una pierna humana que salía de entre las rocas desprendidas en el derrumbe.

—Fabien tampoco saldrá de aquí —dijo Guy—. ¡Corramos!

Subieron por entre las rocas, pasando por el agujero cuando se escuchó un fortísimo silbato de tren. Como si se pusiera en marcha, todo empezó a temblar y los derrumbes se sucedieron.

Guy y Valeria consiguieron salir indemnes. Dejaron los dos

coches en que habían llegado y subieron al todo-terreno.

Guy se puso al volante y emprendieron la huida de aquella trampa que sepultaría al tren espectral con sus viajeros para siempre, liberados al fin de la maldición del diablo de Notre Dame.

**FIN**



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P.100 Pts